ANTONIO PASO ÷ JOAQUIN ABATI

La alegría de vivir

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA, ARREGLO DE UNA OBRA FRANCESA.

300

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

LA ALEGRÍA DE VIVIR

LA ALEGRÍA DE VIVIR

COMEDIA

en cuatro actos y en prosa

arreglada á la escena española por

ANTONIO PASO y JOAQUÍN ABATI

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 14 de Febrero de 1911



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	Srta.	Pérez de Vargas.
GENOVEVA	Sra.	Martínez.
VERÓNICA		Alba.
ALFONSINA	Srta.	Martos.
MAGDALENA	Sra.	Torres.
SEÑORITA DE HARO	Srta.	Villa.
LUCECITA		Gelabert.
ELENA TORIJA		Dora Sánchez.
ADELA VILLACAÑAS		Canto.
CONDE DE MONTERRUBIO	Sr.	Santiago.
DON ZACARÍAS		Zorrilla.
INOCENCIO		Vilches.
FERNANDO CASTILLO		González.
PEÑARANDA		Bonafé.
LUMBRERAS		Valle.
REYES		Cava.
DEOGRACIAS		Pacheco.
PEPITO		Martos.
MAQUEDA		R. Santiago.
EL SEÑOR DE HARO		Insúa.
UN CRIADO		Capilla.

Época actual.—La acción del acto primero en Madrid. La de los actos segundo, tercero y cuarto en Salamanca



ACTO PRIMERO

Gran salón resplandeciente de luz y amueblado elegantemente. Puertas practicables en ambos términos. Al foro galería de cristales que se supone que da al jardín del hotel. En los muebles y en todos los demás detalles asomará la riqueza y el buen gusto. Un piano en un ángulo.

ESCENA PRIMERA

SEÑORITA DE HARO, LUCECITA, ALFONSINA DE PEÑARANDA (las tres vestidas de venecianas), ELENA TORIJA, ADELA VILLACAÑAS (vestidas de «soiree», elegantísimas). PEPITO VILLACAÑAS, de veneciano; el SEÑOR DE HARO, de veneciano; el SEÑOR DE PEÑARANDA, de frac; FERNANDITO CASTILLO, de frac; REYES, de frac. Todos están formando un grupo en el fondo izquierda del actor. MAQUEDA, fotógrafo, los enfoca desde la lateral derecha. Al lado de la máquina, LUMBRERAS, periodista, tambien de frac.

MAQ Esa cabeza un poquito más alta, señorita de Haro. Un mohín gracioso... de esos de usted ..

HARO ¿Así?

MAQ Muy bien... no pierda el mohín. Ahora usted, Alfonsina, vamos á ver cómo recogemos un poco la vista.

FERN. ¡Qué cosas dice este Daguerre!

ALF. ¿Usted dirá?

MAQ. Por ejemplo, entorne usted un poco los ojos... *Vualá*. . No se ponga tan seria... á ver... una sonrisa... no, así no... con naturalidad...

ALF. Si es que no sé sonreirme sin gana.

MAQ. Piense usted en algo agradable.

PEP. No mire usted á su esposo. (*Todos se ríen.*)

ALF. ¡Hombre, Pepito, ten formalidad!

LUM. Por Dios, señores, que tengo interés en que el grupo sea digno de ustedes y de la fiesta que se celebra.

ELENA Pues claro. Vamos, Pepito, cállate.

PEP. Pero si es que llevamos media hora buscando actitudes y mohines, y no hay forma..

MAQ. No hay forma porque usted no se está quieto.

PEP. ¿Estarme quieto?... No hay forma. No tengo punto de apoyo... Si me dejaran apoyarme en la señorita más inmediata... por ejemplo, así. (*Se apoya en la señorita de Haro, abrazándola casi.*)

HARO (*Rechazándole.*) Esté usted quieto.

MAQ. Eso le digo yo hace rato.

PEP. (*Mirando con intención á la señorita de Haro.*) No hay forma.

MAQ. Vamos á ver. . ¡si es un segundo! Esas frentes más altas... esas manos... que á algunos no se les ven... Así... un momento.

PEP. Se me ocurre un chiste, ¿lo digo?

FERN.
REYES
SR. HARO } Sí, sí.

ALF.
HARO
LUC
ELENA
ADELA } ¡No!... ¡no!...

PEP. (*Resignado.*) No hay forma.

LUM. Señores, así no es posible hacer información ni nada... van á salir todos movidos.

ALF. ¡Pepito, por lo que más quieras!

PEP. Doy mi palabra de oscilar lo menos posible.

MAQ. A ver si puede ser. Quietos. Un momento... Así... (*Pequeño fogonazo de magnesio.*) Muchas gracias.

PEP. (*Suspirando.*) ¡Ay!... Déjenme ustedes ya que me mueva á mis anchas. (*Pasea agitado, bailando, saltando y queriendo abrazar á las muchachas.*)

FERN. Gracias á Dios.

ALF. Y de la obra, ¿no va á sacar usted nada?

LUM. ¡Ah! desde luego, señora; estamos esperando que nos avise el héroe de la fiesta; quiere que se hagan en el escenario.

LUC.
ALF. } Mejor.

LUM. Por cierto, amigo Reyes, que me tiene usted que dar un retrato.

REYES ¿Quién, yo?

LUM. Es necesario; voy á dar toda la plana del centro de información, con unas titulares... ya verá usted. *La fiesta anual en casa del conde de Monterrubio. Estreno de una comedia lírica del anfitrión.* En el centro los grupos y en las dos esquinas los retratos de Abelardo Monterrubio, como autor de la letra, y el de usted, como autor de la música.

TODOS Muy bien.

REYES Bueno; pero si es que yo apenas me llamo Pedro en esa partitura.

ALF. No sea usted modesto, Reyes.

FERN. Ya sabemos que quizá no sean tuyos los motivos, pero que los firmas es indudable.

HARO No, pues en el terceto del primer acto hay dos motivos muy bonitos... la malagueña japonesa sobre todo...

PEP. Señores, apropósito de los motivos, se me ocurre un chiste, ¿lo digo?

TODOS ¡No, no!

PEP. (Resignado.) No hay forma.

REYES Les aseguro que parte de la música casi toda es de Mery...

FERN. ¿De María?

ALF. ¿De la hija de Monterrubio?

REYES Ha sido mi colaboradora: yo no he hecho más que arreglarle ciertas cosas: armonizar... pero más bien en la parte técnica que en la melódica.

LUM. ¡Ah! Pues ese es un detalle muy importante para mi información. (Apunta en un carnet) «Técnica, Reyes... Mery, melódica... Reyes apenas se llama Pedro...»

HARO ¡Qué hombre tan extraordinario este Monterrubio!

ELENA ¡Cómo sabe hacer las cosas!

REYES Claro, con dinero ..

ALF. El dinero no basta para brillar como él brilla... Hace falta la distinción .. el *cachet*... el...

ESCENA II

DICHOS; MARÍA DE MONTERRUBIO por la segunda puerta izquierda vestida de veneciana

MARÍA (Al fotógrafo y al periodista.) Cuando gusten ya está la escena lista, y ustedes también al escenario. (A las que están vestidas de venecianas.)

ALF. Vamos. (Hacen mutis todos menos Fernando, Reyes y el señor de Peñaranda.)

FERN. Buenas noches, señorita Mery.

MARÍA (Sorprendida.) ¡Calla!... ¡Fernandito Castillo!... Mi amigo de la niñez... Aun no le había visto por los salones. (Tendiéndole la mano.) Buenas noches, amigo de la infancia.

FERN. Parece que saluda usted á un libro de texto. *El amigo de la infancia.*

MARÍA (Pausa.) ¿Ha visto usted el primer acto de la obra de papá?

FERN. No; he llegado cuando caía el telón: me han dicho que es una sátira á lo Benavente, con frases felicísimas.

MARÍA No lo crea usted. Es un cuento de Bocaccio puesto en acción, eso sí... algo atrevido.

PEÑ. Pero tiene cosas... Si Monterrubio se decidiese á escribir para el teatro, seguramente ocuparía uno de los primeros puestos.

FERN. El Conde de Monterrubio no hace nada mal.

MARÍA En cambio usted hace muy poquitas cosas bien.

FERN. ¿Yo?

MARÍA Sí, señor, y estoy muy incomodada con usted.

FERN. ¿Se puede saber la causa?

MARÍA Se puede: anteanoche nos dejó usted plantados en Eslava.

FERN. Es verdad... estaba rendido y... ¿Dónde fue-

ron ustedes al salir de ese edificio nacional?

MARÍA Papá nos llevó á cenar á la Bombilla con todos los amigos... Con toda *la banda* como decimos nosotros.

FERN. (Con amargura y sorpresa.) ¿A la Bombilla? ¿Y se divirtieron?

MARÍA Como locos. Por cierto que lord Kroner, ¿sabe usted cuál? ese inglés que en su país es presidente de todas las sociedades de templanza...

FERN. ¡Ah, sí!..

MARÍA Estuvo graciosísimo... nos quería abrazar á todas.. (se ríe.)

PEÑ. Pero hay que disculparle.. ¡estaba el pobre tan borracho!...

MARÍA Como siempre: cogió una de Pomery que se cayó al suelo cantando: *God-seur-di kin.*

PEÑ. (Con admiración.) ¡Ah! esos ingleses... qué ¡pueblo!... ¡qué patriotismo!.. Hasta cuando están borrachos gritan: ¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina!

FERN. En cambio nosotros aunque estemos en ayunas siempre gritamos: ¡Abajo tal cosa! ¡Abajo fulano! (Peñaranda se pone á hablar con Reyes.)

MARÍA (Riendo.) Si es verdad... Vaya, con su permiso.

FERN. ¿Dónde va usted tan pronto?

MARÍA Al escenario. Tengo órdenes que dar. Voy á decir que coloquen los muebles para este último acto... Como usted ve, hago de artista, de segundo apunte.. de todo... Hasta luego. (Saluda y se va por la izquierda.)

FERN. (Viéndola marchar.) ¡En Eslava! ¡En la Bombilla! ¡Y pensar que habrá en el mundo un desgraciado que se casará quizás con esta loca!

ESCENA III

FERNANDO. REYES y SEÑOR DE PEÑARANDA

PEÑ. (Como si continuara la conversación con Reyes.) Y eso mismo es lo que yo diría en el Congreso... «No tenemos patria, no tenemos ma-

rina, no tenemos ejército, hay que hacer soldados...»

REYES ¡Ah!... ¡Cómo le agradecerán á usted esa interpelación las niñeras!...

PEÑ. No se bromée usted, amigo Reyes; si el partido conservador no hace un violento esfuerzo en las próximas elecciones... si no se agrupa alrededor de un jefe..

FERN. ¿Y por qué no se presenta usted candidato?

PEÑ (Confidencialmente.) ¡Hoy mismo me han ofrecido un escaño!

REYES ¿Y se ha negado usted á sentarse?

PEÑ. Estoy dudando.

FERN. No tiene usted el derecho de dudar.

PEÑ. Eso mismo me ha dicho mi mujer.

REYES Es que Alfonsina tiene sentido práctico.

PEÑ. ¿Ustedes creen?..

FERN. Que debe usted sentarse desde luego.

REYES Y esperar sentado... un acontecimiento parlamentario, intervenir en el debate para alusiones .. ó para insultos...

FERN. Y así se cogen las carteras.

PEÑ Entonces voy á decirle á Alfonsina que me he decidido...

REYES Es inútil: la entrada entre bastidores está prohibida á todos los hombres en general.

PEÑ. El caso es que yo quisiera darle cuanto antes esta alegría.

FERN. Escríbala usted.

PEÑ. Es verdad. (Saca un libro de notas de un bolsillo y un lapiz y escribe.) «Me he decidido á presentar mi candidatura por Salamanca; cuento contigo para hablar esta misma noche á Monterrubio.» (Firma y toca un timbre. Aparece un Camarero.) Hágame el favor de entregar esta nota á la señora Alfonsina de Peñaranda.

CAM. En seguida.

REYES Felicito á usted por su determinación.

PEÑ Sin embargo, si el partido conservador... no forma un bloque compacto, un grupo tupido... en torno de un jefe... (Se lleva al foro á Reyes y continúa hablando con él.)

ESCENA IV

DICHOS y LUMBRERAS por la izquierda

LUM. ¡Magnífico! ¡Qué información!...

FERN. ¿Está usted contento de su labor?

LUM. Contentísimo: He cogido dos momentos importantes del primer acto... Ahora del último cogeré lo más saliente, ya tengo los nombres de todos los concurrentes.. Me saldrá una crónica amenísima, dos columnas del ocho sin regletas.

FERN. (Riendo.) ¿Va usted á mentir mucho?

LUM. Reflejo fiel... ya la leerá usted: ahora que es preciso darle toda la importancia que tiene. Ya sabe usted que en el gran mundo, ó mejor dicho en el mundo de las diversiones, se espera siempre con ansia la fiesta anual del *Rey de los Tarambanas.* ¿No es así como le llaman sus amigos?

FERN. Le llaman de mil maneras. *El bú de los maridos. El azote de las mujeres...*

LUM. ¡Qué hombre más original!

FERN. Original, pero en el fondo el hombre mejor del mundo; espiritual y generoso, inocente y escéptico, de una inconsciencia deliciosa, tirando el dinero por las ventanas, por las puertas, por las claraboyas, enamorado de todas las mujeres, aventurero como Artagnan, poeta cuando quiere, autor cuando tiene tiempo, y así como otros por vocación se dedican á la pintura, á la música óá la política, él, se dedica á correrla...

LUM. ¿Por vocación también?

FERN. ¡Ah! ¡Pero qué vocación! El cuenta, y seguramente será verdad, que á los once años le puso piso á la institutriz de su hermana.

LUM. ¡Oh! qué detalle más anecdótico. (Apuntando.) *Piso a los once años.*

FERN. Supongo que no dirá usted que yo...

LUM. Nada. Usted puede decirme todo lo que

quiera y lo que no quiera usted que se publique... (Aparte.) Será lo que salga. (Alto.) ¿Y diga usted, amigo Castillo, ya que es usted tan amable. ¿Monterrrubio está realmente casado, de una manera estable... ó...?

FERN. No, no: está realmente casado, pero como si no lo estuviera.

LUM. No comprendo bien...

FERN. Va usted á comprenderlo. El Conde de Monterrubio, frisaba en los treinta cuando se casó No pensaba en ello y lo hizo inconscientemente, como hace todo. Encontró en casa de unos amigos de Salamanca á una muchacha preciosa, muy rica también, quiso galantearla, pero la familia, una antigua familia rígida y devota, una familia de esas que ya no se encuentran más que en ciertas provincias, se opuso tenazmente y sucedió lo que sucede siempre: el obstáculo aviva el deseo, lo que no se tiene es lo que se codicia, y Monterrubio cayó en la red.

LUM. ¿Se casó con la salamanquina?

FERN. Se casó y vino lo que fatalmente tenía que venir entre dos naturalezas tan opuestas: Monterrubio siempre buscando diversiones; su señora retirada del mundo, católica de esas intransigentes y hasta sobrina de su eminencia el Cardenal Santorca, uno de los más influyentes en la corte de Roma...

LUM. No me diga usted más, se divorciaron...

FERN. ¡Nunca! ¿Un escándalo? Jamás. Se separaron amistosamente.

LUM. ¿Pero los hijos?...

FERN. No han tenido más que una niña, junto á la cuál he pasado mi infancia en Salamanca; la finca de la esposa de Monterrubio lindaba con la nuestra... Después ella entró en un convento, yo en el colegio...

LUM. ¿Y ahora vive por lo que veo con su padre?

FERN. Sólo una parte del año. Por convenio entre los esposos, desde su salida del convento, María en Salamanca, y Mery como la llaman aquí, pasa seis meses al año con su madre y seis meses con su padre.

LUM. ¡Oh, qué anecdótico es también eso! (*Apunta.*) «Mitad y mitad». Es un asunto cronicable.

FERN Supongo que no dirá usted que yo...

LUM. Esté usted tranquilo, y ¿qué más?

FERN Ya puede usted figurarse el efecto que me ha hecho encontrarla aquí en Madrid á mi regreso de Londres: antes, María ó Mery, era una muchachita formal, encantadora, que hubiera hecho la felicidad de cualquier hombre, mientras que hoy .. entre esta gente... con este ejemplo... (*Suspira.*)

LUM. ¡Diablo! Ese suspiro me da á entender que usted está, ó por lo menos estuvo enamorado de Mery... Esto completaría mi crónica.

FERN. ¡Yo enamorado de Mery!... ¡No, por Dios!... ¡Gracias!... ¡Bonito porvenir!...

LUM. (*Aparte.*) De todos modos yo digo que este está para casarse con ella. (*Apunta.*) «Próxima boda. El suspiro delator».

REYES (*En el fondo. A Peñaranda harto*) Conforme, sí, señor; no hay marina, no hay soldados... no hay nada... nada... (*Bajando.*) ¡Nada, que no me lo puedo quitar de encima!

ESCENA V

DICHOS; MONTERRUBIO, seguido de MARÍA por la izquierda

FERN. He aquí nuestro héroe.

MONT. ¡Fernando! (*Dándole la mano.*) Chico, desde que eres diplomático apenas te acuerdas de nadie. Mery me ha dicho que estabas aquí y que no has visto el primer acto, ¡es lástima! te hubiera gustado.

MARÍA Papá, no seas inmodesto.

MONT. Después de todo, como no va á representarse cien noches á viva fuerza, mis alabanzas no deben parecerle interesadas.

PEÑ. Yo he dicho antes que es usted un satírico de primera fuerza, y de eso precisamente estamos mal en España; no hay satíricos. ¿Verdad, Reyes?

REYES Nada, no hay nada.

MONT. Además, te hubiese encantado la partitura; los *couplets* de la chica del Hostelero son un primor. Y qué éxito han tenido, ¿eh?

MARÍA A pesar de lo mal que los ha cantado la señorita de Haro; se clavó en la concha y como si le hubiesen echado diez céntimos empezó automáticamente:
(Canta mal.)

Fiameta, meta, meta,
alárgame el bastón y la maleta.
Que corro sin tardar,
á ver si corriendo te puedo olvidar.

Estas cosas se deben cantar con alegría, con gracia, así:
(Canta con gracejo y entusiasmo.)

Fiameta, meta, meta, etc. (1)

TODOS ¡Bravo!

PEÑ ¡Monísima!

MONT. (Con ternura.) ¡Qué encanto! Lo que es el esposo que tú escojas, ya puede decir que ha hecho su felicidad.

MARÍA ¿Esposo?... No ha nacido aún. Bueno, ahora voy á enseñarles á los señores tu último regalo.

LUM. ¿Un regalo? Sí, hombre, daré cuenta de él. Eso siempre es anecdótico.

MONT. No vale la pena.

MARÍA ¿Cómo que no? Un abrigo de pieles de armiño, digno de una reina.

LUM. (Apuntando.) «El armiño paternal».

FERN. Que se vea.

MARÍA Vengan ustedes por aquí... (Mutis todos por la derecha menos Monterrubio.)

ESCENA VI

MONTERRUBIO y ALFOLSINA DE PEÑARANDA por la izquierda

MONT. ¡Y decir que esta chica, además de hija mía es también hija de su madre!... ¡Hay en la naturaleza misterios extraordinarios!

---

(1) La música va al final del libro.

ALF. (Saliendo.) Amigo Abelardo, gracias á Dios que puedo hablarle á usted.

MONT. ¡Alfonsina!... Perdóneme usted, pero los invitados... el estreno...

ALF. Apropósito del estreno. No me ha dicho usted nada del traje.

MONT. Permítame que... (Viéndole.) ¡Admirable! de una propiedad y un gusto.. si su belleza necesitase de adornos, nada más indicado que ese traje.

ALF. ¿Me encuentra usted bien?

MONT. ¡Querida Alfonsina! tiene usted decididamente los ojos más bonitos de Madrid.

ALF. ¡Adulador!

MONT. Y los brazos más hermosos...

ALF. ¿También los brazos?...

MONT. Si la Venus de Milo hubiera tenido unos brazos así, yo le aseguro á usted, que no los habría extraviado.

ALF. Bueno. Basta de piropos.

MONT. Es la ración diaria.

ALF. ¿Y cuál es mi contestación diaria?

MONT. Que ese cuarto no se alquila.

AEF. Exacto.

MONT. Pero si yo no pido más que un subarriendo.

ALF. Nada. El desahucio implacable. No pierda usted el tiempo y vamos á otro asunto. Tengo que pedirle un favor.

MONT. Desde la vida en adelante, pida usted.

ALF. Dentro de poco hay elecciones.

MONT. Las hay.

ALF. Hoy mismo le han ofrecido á mi esposo presentarle por Salamanca. Si obtuviese el acta de diputado, mi satisfacción no tendría límites. Pero él no se atreve...

MONT. Pues á trabajar... A comprar votos.

ALF. Para comprar votos, hace falta dinero. Mi marido no es rico. La lucha será empeñada. Los demócratas aprietan cada día más. Su contrincante dispone de fondos...

MONT. ¿Y por una miserable cuestión de dinero vacilan ustedes? Aquí estoy yo.

ACF. ¡Oh!... No se trataría más que de un préstamo... entiéndalo bien... de un simple préstamo...

MONT. ¿Cuánto?

ALF. Una elección cuesta cara. Se ha subido mucho el precio en los últimos años.

MONT. Sin embargo: desde la ley de desgravación, el vino ha bajado mucho.

ALF. Pero ha aumentado la sed. Yo creo que con cincuenta mil pesetas le sentábamos en la Cámara.

MONT. Pues por mí no se queda en pié. Las tendrá.

ALF. Es usted el hombre malo más bueno que conozco. ¡Ah, pero conste que mientras se devuelve el capital los intereses los pagará mi marido.

MONT. No. Los intereses los pagará usted.

ALF. ¿Yo?... ¿está usted loco?...

MONT. Usted, sí.

ALF. (Riendo) ¿Qué tanto por ciento?

MONT. (Mirando á todos lados y acercándose á ella con entusiasmo.) Pues el....

CRIADO (Saliendo é interrumpiendo á Monterrubio.) La decoración está puesta, señor Conde. Sólo faltan los artistas para empezar.

MONT. (Aparte.) (¡Qué lástima! ¡Ahora que iba á cortar el cupón!) (Alto al Criado.) Está bien. Llama á los actores. (Vase el Criado.)

ALF. Entonces me voy, que estoy en escena al levantarse el telón y una falta no me la perdonaria nunca el autor.

MONT. Ya hablaremos del tanto por ciento.

ALF Pero que sea moderado, ¿eh?

MONT. ¿Hace un ochenta?

ALF. (Con zalamería.) ¡Usurero! (Vase.)

ESCENA VII

DICHO. Por la derecha el CRIADO cruza y hace mutis. MARÍA, FERNANDO, LUMBRERAS, PEÑARANDA y REYES

LUM. ¡Más que abrigo es manto de diosa!

MARÍA Por Dios, no exagere usted.

FERN. Yo lo encuentro demasiado llamativo.,. qué sé yo...

PEÑ. (A Reyes.) Mi programa es bien sencillo. Orden, moralidad, respeto á la ley y sobre todo, libertad. En cuanto á los que no piensen como nosotros...

REYES Se les echa á patadas.

PEÑ. Usted lo ha dicho.

MONT. (A Peñaranda.) ¡Hola, futuro padre de la patria!

PEÑ. ¡Eh!... ¡Cómo!... ¿Quién le ha contado?

MONT. La señora Alfonsina de Peñaranda.

PEÑ. ¿Mi mujer se ha permitido?... Ha hecho mal... es una indiscreción que...

MONT. Que me permite poner á la disposición de usted cincuenta mil pesetas.

PEÑ. ¿De veras? Querido Abelardo, ¿cómo agradecerle?...

MONT. ¿Quiere usted callar? Yo lo hago por ella.

PEÑ. ¿Por ella?

MONT. Sí... por la patria.

PEÑ. ¡Ah, sí! Por la patria que sólo confía en un generoso esfuerzo del partido conservador. Mi programa es bien sencillo. Yo quiero orden.

MONT. Ya hablaremos de eso; ahora vaya usted á su sitio que va á empezar.

PEÑ. De todos modos repito... ¿vienen ustedes?

FERN. Sí, vamos.

REYES A mí no me explica más su programa. (Mutis los tres.)

ESCENA VIII

MONTERRUBIO y MARÍA

MARÍA ¿Estás contento, papaíto? La fiesta no puede ser ni más agradable ni más original.

MONT. Pues todo es pálido para la que quiero dar en honor á tu amiguita la hija de los embajadores norteamericanos. Es necesario que la vieja Europa deslumbre á la América. Si te parece, mañana almorzaremos en Lardhy y allí cambiaremos impresiones.

MARÍA Para eso hay un ligero inconveniente... que mañana yo estaré lejos de aquí.

MONT. ¿Lejos de aquí?... ¿Cómo?...

MARÍA ¡Claro! Mañana es primero de Julio... mamá me espera.

MONT. (Con pena.) ¡Mañana! ¿De modo que es mañana cuando me dejas?

MARÍA Dentro de pocas horas. El tren sale á las siete y treinta y cinco de la mañana; cuando todo el mundo se haya marchado; sólo tendré el tiempo justo para cambiar de traje y cerrar los baúles.

MONT. (Sentándose.) Pero... ¿hace ya seis meses que estás aquí?

MARÍA Justos. Llegué el primero de Enero.

MONT. ¡Parece que fué ayer!... y ahora otra vez... No, no, es necesario que me concedas unos días más, te lo suplico, hijita... una propina...

MARÍA (Con dulzura.) Mamá me espera.

MONT. Sin embargo..

MARÍA (Con ternura.) Ahora le toca á ella tener al lado á su María y yo no quiero causarla ninguna tristeza, como no quiero causártela á ti... Vamos, papaíto, no frunzas el entrecejo que te pones muy feo y van á salirte arrugas.

MONT. (Sonriendo forzadamente.) Sí, tienes razón; lo pactado debe cumplirse.

MARÍA Después de todo, porque yo me vaya, la diversión no dejará de continuar... todos tus amigos se quedan aquí... la banda de Monterrubio.

MONT. Sí, mis amigos... todos muy buenos, muy alegres, pero... ¡cómo te voy á echar de menos!... mañana la casa me parecerá vacía.

MARÍA Mañana puede ser, pero... ¿y pasado mañana?

MONT. Pasado mañana igual, maliciosa.

MARÍA (Con alegría.) ¿De veras?

MONT. ¡Me entiendo tan bien contigo!... ¡Me llevas mi genio tan á maravilla que si no te tengo á mi lado!... ¿qué sé yo?... noto que me falta algo necesario para la vida... además de mi hija, eres algo así como un camarada, un

amigo íntimo á quien confía uno todos sus secretos y con quien comparte uno todas sus alegrías... (Con ternura.) No, hija mía, no te vayas tan pronto.

MARÍA Pues mira: de ti depende no separarte ya más de tu camarada, de tu amigo íntimo.

MONT. ¿De qué manera?

MARÍA Marchándote con él.

MONT. ¿A dónde?

MARÍA A Salamanca.

MONT. ¿Cómo? ¿Dejar yo Madrid? Ir á sepultarme en un rincón con tu madre? ¿Estas loca?

MARÍA ¡Entonces!... (Separándose de su lado.)

MONT. Ella cree que no estamos en este mundo más que para prepararnos a ir al otro. Bueno, pues cada uno se prepara á su manera: ella con la plegaria y yo con la alegría.

ESCENA IX

DICHOS y FERNANDO

FERN. Han empezado. ¿No vienen ustedes?

MONT. ¿Sabes lo que me estaba proponiendo Mery?

FERN. Qué sé yo: alguna nueva fiesta.

MONT. Que me vaya con su madre á hacer vida común.

FERN. (Asombrado.) ¿De veras?

MONT. (A María.) Ya lo ves: se ha quedado extático: tu madre es una santa, hija mía, yo lo proclamo en voz muy alta, pero Dios se ha equivocado de siglo al enviarla sobre la tierra. Hubiera sido una esposa incomparable en la Edad Media.

CRIADO (Asomando.) Señor.

MONT. ¿Qué ocurre?

CRIADO Acaban de pedir el autor en el mutis de la señora de Peñaranda. Un exitazo, señor Conde.

MONT. Un exitazo cuatrocientas noches, voy allá. El público me reclama. No te quepa duda, ¿eh? en la Edad Media.

ESCENA X

MARÍA y FERNANDO

Pausa. Fernando no deja de mirar con admiración á María

MARÍA (Nerviosa.) ¿Cuándo va usted á acabar de mirarme con ese aire atontado?

FERN. Confiese usted que es para atontarse. ¡La señorita Mery que cenaba anoche en la Bombilla, predicando moral á su padre! ¡Es incomprensible!

MARÍA (Haciéndole burla.) ¡Es incomprensible!

FERN. Supongo que será en broma ¿eh?

MARÍA Sí, señor, en broma. ¿Está usted satisfecho?

FERN. Satisfecho de haber acertado.

MARÍA Pues si todos sus triunfos diplomáticos son como éste, poca carrera va usted á hacer.

FERN. ¿Cómo?

MARÍA Usted cree que todo lo sabe, que todo lo adivina .. Pues bien, no se haga usted ilusiones, usted no conoce nada, usted no sabe nada, usted no es capaz de adivinar lo que pasa en el corazón de una muchacha. Usted es un ser vulgarote y adocenado.

FERN. ¿Ha terminado usted?

MARÍA No señor.

FERN. ¡Demonio! Cuando se lanza usted no se queda corta.

MARÍA Desde hace dos meses que regresó usted, no ha visto en mí más que una loca que se divierte, que va á los teatros, que cena en ciertos sitios á despecho de su reputación, y ni un solo instante ha pensado usted en que esta loca valía quizá más que su reputación, que esta muchacha frívola y ligera podía obedecer á una idea noble y generosa y que toda su vida, en fin, tenía un solo objeto.

FERN. ¿Un objeto?

MARÍA Sí señor, un objeto. (*Pausa.*) Desde que salí del convento reparto mi existencia entre dos seres á quienes adoro, pero á quienes no tengo el derecho de juzgar. Tan pronto vivo en Salamanca en casa de mamá, donde no se conoce más que el amor divino, donde todo pasa entre cánticos, tan pronto aquí en casa de mi padre, donde sólo se conoce el amor terrestre y todo pasa entre canciones. Voy así de un lado á otro, sin discutir, pero pensando que la distancia que separa á estos dos seres puede que no sea tan grande. Demasiadas canciones aquí... demasiados cánticos allá... y que en un justo medio acaso se encontrasen y ¡quién sabe! atrayéndoles poco á poco, dulcemente, quizá pudiese realizar este sueño de toda mi vida... ¡Reconciliar á estos dos niños grandes!

FERN. (*Con pasión.*) ¡María!

MARÍA He aquí, mi amigo de la infancia, lo que usted debía haber adivinado, si no fuese tan papanatas como los demás, que me juzgan por las apariencias. ¿Se ha enterado usted bien? ¡Un papanatas!

FERN. Diga usted un imbécil.

MARÍA No digo tanto... pero lo estoy pensando.

FERN. Usted no puede comprender lo feliz que soy.

MARÍA ¿Por ser un imbécil?

FERN. Búrlese, me es igual: lo merezco... Estaba ciego... la he juzgado mal... yo creía... ¿Pero usted sabe que es un ángel?

MARÍA Naturalmente que lo sé; y ahora que me ha hecho usted justicia... (*Intenta irse.*) beso á usted la mano.

FERN. ¿Dónde va usted?

MARÍA Con papá. Quiero participar de su triunfo de autor.

FERN. ¡Un instante, María! Es una palabra... una sola palabra que me quema los labios desde que la he vuelto á ver.

MARÍA No me la diga usted: me la sé de memoria.

FERN. ¿Cómo? ¿Usted sabe que la amo?

MARÍA Naturalmente. ¡Hombre, naturalmente! Desde que me habló usted la primera vez.

FERN. ¿Y usted, María? ¿Usted?...

MARÍA Si yo no le amase á usted, ¿le habría llamado imbécil?

FERN. Es verdad... Monterrubio... ¿Dónde está Monterrubio? (Va al foro.)

MARÍA ¿Qué va usted á hacer?

FERN. A ver á su padre y á pedirle su mano.

MARÍA Es inútil; todavía no soy libre.

FERN. ¿Que no es usted libre?

MARÍA Claro. Si yo me casara, ¿qué sería de mis dos niños grandes? Mi misión, por lo tanto, está lejos de haberse cumplido, y he hecho el juramento de no casarme sin haberla terminado.

FERN. ¿Es esa la única razón?

MARÍA La única.

FERN. Pues bien; desde este instante su misión es igualmente mía. ¿Lo consiente usted?

MARÍA Ya lo creo. Trabajaremos juntos.

FERN. Yo tengo voluntad y unos deseos muy grandes de llamarla á usted mi mujer, figúrese el entusiasmo que pondré en la lucha.

MARÍA ¿Entonces, aliados? (Le da la mano.)

FERN. (Besándola.) Aliados y prometidos.

MARÍA Prometidos excepcionales, puesto que antes de casarnos es preciso que empecemos por asegurar el porvenir de nuestros hijos. (Se oyen dentro aplausos y voces de entusiasmo.) Ha terminado el acto por lo visto.

ESCENA FINAL

DICHOS y todos los personajes de la obra

PEÑ. ¡Qué exitazo! Su papá está saludando al público.

REYES Los invitados han invadido el escenario.

LUM. ¡Es un espectáculo inolvidable!

(Muchas voces y aplausos y aparece el resto de los personajes.)

PEP. Le han coronado como á Aristófanes en los juegos olímpicos.

LUM. Ya viene.

PEÑ Ya está aquí.

(Aparece Monterrubio llevado en hombros por los caballeros, seguido de las señoras y coronado de flores.)

TODOS ¡Viva el Conde de Monterrubio! ¡Viva!

(Pepito se acerca al piano: toca la Marcha Real; todos aplauden. Va cayendo el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO






ACTO SEGUNDO

Una sala de un antiguo caserón señorial en los alrededores de Salamanca. Mobiliario severo, cuadros religiosos, etc., etc. Al foro una gran chimenea pintada. Biblioteca. Dos puertas á la derecha y una en primer término izquierda; en segundo término de este mismo lado, un gran ventanal con vidriera de colores. Sobre la mesa muchos papeles.

ESCENA PRIMERA

DEOGRACIAS é INOCENCIO

Al levantarse el telón la escena está vacía. Entra por la segunda derecha del actor, Deogracias seguido de Inocencio; éste en su traje y maneras es de aspecto tímido y habla siempre bajando los ojos

DEOG. Por aquí, joven.

INOC. Muchísimas gracias, señor.

DEOG. La señora Condesa de Monterrubio está en la capilla de la fundación con las señoras del Comité oyendo el sermón del padre Estanislao, y si usted me quisiese decir quién es...

INOC. Inocencio Ladrón de Guevara.

DEOG. ¡Ah! ¿es usted pariente de don Zacarías Ladrón de Guevara?

INOC. ¡Soy su sobrino!

DEOG. Pues ya puede usted estar satisfecho por tener de tío á un hombre como don Zacarías, que es el orgullo de Salamanca. Hablo de la par-

te de Salamanca que piensa devota y honradamente.

INOC. Sí, de los escogidos.

DEOG. Justo. Su señor tío es miembro de todas las Sociedades caritativas de la provincia. Fundador con la señora Condesa de esa admirable Obra pía que lleva por título «Reformatorio de Jóvenes descarriadas», y de la cual es tesorero; ¡un santo!

INOC. ¡Sí, señor; de los escogidos!

DEOG. Y luego no se le conoce un vicio; ni le gustan las distracciones, ni es goloso, ni es bebedor; todo lo más que se permite después de comer es fumarse un cigarro puro.

INOC. ¡De los escogidos! Irá á la gloria.

DEOG. El vive en Salamanca, y aunque desde esta finca á la capital hay cerca de cuatro kilómetros, todas las mañanas, llueva ó nieve, viene aquí puntualmente...

INOC. ¡No repara en sacrificios!

DEOG. ...en el coche que le manda la señora Condesa. Ahí se le ha instalado (Señalando primera derecha.) un despacho muy confortable, y ¡lo que trabaja! El trabajo le absorbe de tal modo que raro es el día que no se le hace tarde y tiene que quedarse á almorzar y á comer. Tenemos una buena cocinera. Se le cuida, no crea usted.

INOC. ¡Es un santo!

(Se oye la campana de una capilla al foro.)

DEOG. El sermón ha terminado y las jóvenes descarriadas salen de la capilla; si el señorito quiere verlas, desde aquí...

INOC. ¡Yo! ¿Mirar jóvenes?... ¡Y descarriadas! Mi tío me ha prohibido mirar á ninguna mujer. Dice que es muy expuesto... aunque agradable.

DEOG. Pues entonces voy á prevenir á la señora...

INOC. No, no la moleste usted. Mi tío me ha rogado que le espere en su despacho. Quiere presentarme él mismo á la Condesa.

DEOG. En ese caso... pase usted y siéntese... ese es su despacho.

INOC. (Entrando primera derecha.) Gracias, señor.

ESCENA II

DEOGRACIAS, CONDESA DE MONTERRUBIO, mujer de unos cuarenta años, bien conservada y guapa. **VERÓNICA,** señora de alguna edad, tipo beatón, y **MAGDALENA**, por el estilo

DEOG. (Por Inocencio.) Es el retrato de su tío... ¡Madera de santos!

COND. (Entrando seguida de Verónica y Magdalena, por la segunda derecha.) ¡Qué sermón! ¡Nunca ha hablado mejor el padre Estanislao!

MAG. ¡Qué suavidad!

COND. ¡Qué unción!

VER. A cada frase me parecía que el cielo se rasgaba y dejaba ver una porción de angelitos sobre un fondo rosa y rodeados de bombillas eléctricas de dieciséis bujías.

COND. ¿Y qué asunto?

VER. ¡Sobre todo qué bien escogido para nuestras jóvenes descarriadas!

COND. ¡La conversión de San Francisco de Asís!

VER. ¡Un calaverón de la Edad Media!

MAG. ¡Pero un calaverón arrepentido!

COND. Justo; un calavera que un día, día radiante y glorioso, tocado por la gracia divina, cambió sus vestiduras bordadas en *tisú* de oro por los harapos del mendigo, y se fué á vivir con las fieras, tomando como divisa estas palabras: ¡Pobreza!

MAG. ¡Castidad!

VER ¡Abstinencia!

COND. Deogracias, dele usted á Consolación el sombrero para que lo coloque en su sitio. (Deogracias coge el sombrero y hace mutis por la primera izquierda, pasando al poco rato á la segunda derecha.) Siéntense, amigas mías... si supiesen ustedes lo que he sufrido... Mientras el padre Estanislao nos describía las diferentes fases de esa conversión sublime, yo no dejaba de pensar en mi marido, en ese desgraciado Abelardo.

MAG. ¡Pobre amiga!

COND. En ese insensato, que en vez de ocuparse de

la salvación de su alma lleva en Madrid una vida mundana y frívola como si todas las alegrías de este mundo estuviesen encarnadas en la alegría de vivir.

MAG. Después de todo, nuestro paso por la tierra no es más que un paso.

VER ¡Un paso ligero!

COND. Usted, mi buena amiga Verónica, puede darse la mano conmigo; estamos próximamente lo mismo en cuanto á nuestros esposos, con esta sola diferencia: que usted, mujer piadosa y cristiana como yo, tiene por esposo un hombre que se ha hecho elegir diputado radical.

MAG. ¡Y además pertenece á no sé cuántas logias y escribe en esos periodicuchos donde se dicen pestes de la religión!

VRR. ¡Y no será porque no he rogado bastante al cielo para que ilumine á mi esposo y me lo traiga por el buen camino!

COND. Como yo he rogado por el mío.

VER. Yo he hecho más aún. Yo he llegado hasta hacerle beber en todas las comidas, sin que lo notara, el agua de Lourdes, que ponía en las botellas de agua de Mondariz. Pues nada... ¡Cada vez peor!

COND. ¡Lo doloroso es que casi todos los años tenga usted fruto de bendición con ese monstruo.

VER ¡Qué quiere usted, querida presidenta! ¡Es mi marido! Y además, ya sabe usted que la resignación es una de las más grandes virtudes cristianas. Cuando Juan viene á dar una vuelta por Salamanca todos los años, yo me resigno.. olvido que es radical... y eso sí... sufro en silencio y sólo pienso alto, muy alto, donde se recompensan los sacrificios; así es, que cuando él viene yo no estoy en la tierra (Con humildad.) yo estoy por todo lo alto.

COND. ¡Pobre amiga!

MAG. Afortunadamente su esposo la permite á usted educar á sus hijos en la moral cristiana...

VER. Todos están bautizados con el agua del Jordán.

COND. Menos mal.

MAG. ¿Y la señorita María? ¡No la hemos visto esta mañana!

COND. Está trabajando; poniendo música al cántico que el señor cura ha compuesto para nuestras ovejas descarriadas.

VER. ¡Un cántico admirable!

ESCENA III

DICHAS. MARÍA por la izquierda, viste elegante, pero sencilla y severa; saca en la mano un papel de música

MARÍA Buenos días, mamá.

COND. ¡Hija mía!

MARÍA (Saludando á las demás.) Buenos días, señoras.

MAG. ¡Hola, señorita!

COND. ¿Has terminado ya?

MARÍA En este momento.

VER ¿Y qué? ¿Le ha inspirado á usted el cielo?

MARÍA Todos mis actos me los inspira el cielo.

COND. ¡Es un ángel!

MAG. ¿Se puede oir esa nueva obra?

MARÍA ¡Dios mío, pero si no es nada! Unos cuantos compases con cierto sabor místico. Una plegaria, mejor dicho.

VER. No sea usted modesta.

COND. Anda, hija mía, complace á mis amigas.

MARÍA Pero si es que además, mi voz... esto cantado por todas... pero en fin, es una cosa así. Primero unos compases con el órgano, que hace de este modo.
(Tararea unos compases de sabor religioso.)
Y luego viene el coro, que dice así:
(Cantando.)

Señor, escucha mi queja
y haz por tu fe inmaculada
que vuelva al redil la oveja
descarriada. (1)

---

(1) La música al final de la obra.

VER. } ¡Precioso!
MAG. }

MARÍA. La letra es del señor cura.

MAG. También es preciosa.

VER. ¡Ese cura es un intelectual!...

COND. ¡Cómo está dotada esta chica para la música religiosa!

MARÍA. Ahora mismo voy á ir á la fundación para ensayarles el cántico á las muchachas.

COND. ¡Si vieras qué feliz soy teniéndote á mi lado!

MARÍA. Como yo estando al tuyo.

COND. Y pensar que desde su salida del convento es preciso que me separe de ella seis meses cada año.

MARÍA. No pienses en ello... total hace ocho días que he llegado...

COND. Sí, tienes razón; pero cuando no estás aquí, no vivo.

MARÍA. ¡Vamos, mamá!

COND. Me da tanto miedo ese Madrid.

MARÍA. ¿Por qué? No es tan fiero el león...

COND. Ah, sí, hija mía; Madrid es una ciudad de perdición.

MAG. Donde no se vive más que para el vicio y los placeres.

VER. Yo he leído en *El Eco del cielo* que en Madrid no puede salir á la calle ninguna mujer decente sin ser víctima de las palabrotas de Satanás, que toma forma de hombre con sombrero flexible y clavel en el ojal para perder almas.

MARÍA. No lo crea usted. Son piropos; claro que hay algunos exagerados, pero á mí ni aun de madrugada se han atrevido á decirme... ¡vaya calor!

VER. (Escandalizada.) ¡Oh!... ¡vaya calor!...

COND. ¿Pero tú estás en la calle á semejantes horas?

MARÍA. (Vivamente.) Algunas noches... á la salida del teatro.

COND. ¡Del teatro! ¿Tu padre te lleva al teatro?

MARÍA. No, del concierto quise decir... como sabe mi afición por la música.

VER. (Que ha estado hablando con Magdalena.) No, señora, á mí no me ha dicho Juan nunca... ¡vaya calor!... No conocerá ese chicoleo...

ESCENA IV

DICHAS. DEOGRACIAS; después ZACARÍAS, por segunda derecha

DEOG. (Entrando agitadamente.) Señora... señora...
COND. ¿Qué ocurre, Deogracias?
DEOG. ¡Don Zacarías que acaba de llegar y...!
COND. ¿Y qué?
DEOG. Pues... que... viene tosiendo el pobre señor.
COND. / VER / MAG. ¡Que tose! (Alarmadas se levantan todas.)
COND. Pronto, corra usted á la cocina y diga que preparen un ponche bien caliente... Ah, y la botella de rom. (Mutis Deogracias, por la izquierda.)
VER. Se habrá constipado al salir de la capilla.
COND. Con este tiempo; como casi siempre se está sudando, una ráfaga de aire, cualquier cosa...
MAG. Es que no se cuida nada de su salud.
COND. Nada. Y cada vez que le llamo la atención sobre ello, me responde: «Yo no me ocupo de mi cuerpo, amiga mía, sino de mi alma.»
VER. ¡Qué hombre! ¡Qué abnegación!
(Entra don Zacarías, viste de negro; levita anticuada, sombrero de copa, paraguas debajo del brazo, etc.)
ZAC. Mi digna presidenta.
COND. Pase usted... pase usted pronto y siéntese.
ZAC. ¿Me he retrasado?
COND. No se trata ahora de eso. Vamos, descanse usted.
MARÍA (Presentándole una silla.) Aquí.
VER. El gorro... ¿dónde está su gorro?
ZAC. Pero...
COND. No hay pero que valga. Deogracias le ha oído á usted toser.
ZAC. ¿A mí toser?... (Tose.) ¿Que yo toso? (Tose.)
COND. Vamos... ¿lo ve usted?
ZAC. Deogracias es un charlatán á quien tiraré de las orejas... creo que dejé el gorro sobre la chimenea.

MAG. De seguro que ha cometido usted alguna nueva imprudencia.

COND. Usted por lo visto no quiere ser razonable.

ZAC Amiga mía, yo no me ocupo de mi cuerpo, sino de mi alma.

COND. ¿No se lo decía á ustedes?

MARÍA (Dándole un gorro de terciopelo obscuro.) Aquí tiene usted, don Zacarías.

ZAC Gracias, hija; ¿pero por qué se ha molestado?

COND. Nuestro deber es velar por su salud.

MARÍA Mamá lleva razón.

ZAC. ¿También usted? Apenas ha llegado y ya se une á la conjura; está bien; velen ustedes por este humilde siervo.

DEOG. (Por la izquierda con ponche y botella de rom marca «La Negrita.») Aquí está el ponche.

ZAC. ¿Cómo? ¡Un ponche!... nunca... nunca...

MARÍA Sí, mamá le ha mandado traer muy caliente para usted.

ZAC ¡Ah! ¿De modo que insisten ustedes en que yo me preocupe del cuerpo?...

COND. Vamos, digno amigo.

VER. Eso le hará reaccionar.

MAG. Ande usted, bébaselo.

ZAC. Está bien; venga esa droga infame.

MARÍA Espere usted, le echaré el rom. (María echa rom.)

ZAC. Más, eche usted más; ¿es de la Negrita, verdad? Pues eche usted, eche usted que me queme la garganta no importa, así expiaré mis pecados, y veré si alcanzo la bienaventuranza. Eche usted más...

MAG. Y la alcanza seguramente.

VER. Si no la alcanza, la va á coger, que es casi lo mismo.

ZAC. ¡Ea! ya están ustedes complacidas. Me indigna darle al cuerpo estas satisfacciones, pero...

COND. ¿Se siente usted mejor, verdad?

ZAC. Sí, señora, gracias; y tú, charlatán, ¿no ha venido nadie preguntando por mí?

DEOG. El sobrino del señor le espera en el despacho. (Mutis izquierda.)

COND. ¿Su sobrino de usted?
VER ¿El que estaba estudiando en Deusto?
ZAC. Él mismo. Ha terminado las últimas asignaturas de Derecho y llegó ayer tarde.
COND. ¡Qué sorpresa tan agradable!
ZAC. (Llegando á la primera derecha.) Sal, hijo mío, sal.

ESCENA V

DICHOS é INOCENCIO, este sale tímidamente con los ojos fijos en el suelo

INOC. (Asustado) ¡Uy! ¡Cuatro mujeres!...
ZAC. Presento á ustedes á mi sobrino. Inocencio Ladrón de Guevara. (Inocencio saluda con los ojos bajos.)
MAG. ¡Qué actitud tan modesta!
VER. Es un sobrino monísimo.
ZAC. Avanza un poco, hijo mío. (Aparte á él.) Ponte derecho, hombre. Saca esa mano del bolsillo...
COND. Sea usted bien venido, simpático joven. Aun que le vemos á usted hoy por primera vez le conocíamos hace mucho tiempo porque su tío hablaba de usted constantemente.
VER ¡Con la más viva admiración!
ZAC. Admiración que merece el muchacho. Ha sabido evitar con el trabajo y el recogimiento los embates de la juventud que conducen fatalmente á la ruina física y moral de los jóvenes; ¿verdad, Inocencio?
INOC. Sí, tío.
COND. Persevere en ese camino, joven.
ZAC. (Aparte.) Pero dí algo, animal...
INOC. Señora, ya persevero, ya... ya...
ZAC. (Aparte.) Ya se ha cortado otra vez. (Apuntándole.) Agradezco la afectuosa cogida.
INOC. Agradezco la afectuosa acogida.
ZAC. (Apuntándole.) Que ustedes me dispensan.
INOC. Que ustedes me dispensan.

ZAC. Pero cuanto soy y cuanto valgo.
INOC. Pero cuanto soy y cuanto valgo...
ZAC. Se lo debo... (Tose.)
INOC. Se lo debo.. se lo debo... (A Zacarías.) ¿A quién digo?
ZAC. A mí.
INOC. A mí.
COND. ¿Cómo?
INOC. A mi.. tío.
COND. ¡Ah! se expresa divinamente.
MAG. Un poco tímido.
VER Así resulta más atractivo.
ZAC. (Aparte.) Eres un poco sandio.
INOC. Soy un poco sandio...
TODAS ¡Eh!
ZAC. (Tosiendo para disimular.) No le hagan ustedes caso, porque realmente esta turbado y...
COND. ¿Y qué se propone usted hacer de él ahora que ha terminado sus estudios?
ZAC. Conservarle á mi lado. El pobre no tiene en el mundo á nadie más que á mí.
COND. ¡Qué corazón!
ZAC. Como nuestras fundaciones de caridad adquieren cada día mayor extensión, Inocencio ayudará á la señorita María que desempeña el papel de secretaria y que realmente lleva este penoso trabajo á las mil maravillas. Cuento con usted, señorita, para que le ponga al corriente...
MARÍA Con mucho gusto.
ZAC. (Aparte.) Ponte derecho, hombre. Esa mano del bolsillo...
MARÍA Ya verá usted cómo el trabajo no es tan penoso como supone su tío.
ZAC. (Aparte.) Aunque lo fuera.
INOC. Aunque lo fuera.
MARÍA Pero él es tan indulgente con todos...
ZAC. (Aparte.) Aunque no lo fuera.
INOC. Aunque no lo fuera.
VER ¡Qué amabilidad!
ZAC. (Acercándose á la Condesa.) Procure alejar á su hija un instante, tenemos que hablar.
COND. María, ¿no vas á ensayar el cántico á nuestras recogidas?

MARÍA — Tienes razón, con la presentación me olvidaba... con permiso. (Mutis segunda derecha.)

VER / MAG. — Hasta luego.

ESCENA VI

DICHOS menos MARÍA

COND. — (Impaciente.) ¿Qué ocurre? Me ha alarmado usted.

ZAC. — Ocurre que á su paso por Madrid, Inocencio ha oído hablar... por casualidad, como puede usted suponer, del señor Monterrubio.

COND. — Que seguirá haciendo la misma vida ligera y frívola.

ZAC. — ¡Ah, si no fuera más que eso!

COND. — ¿Si no fuera más que eso?... ¡Me hace usted temblar!

ZAC. — Sepa usted, señora, que su marido además de todos los vicios que tenía, ha caído en el que puede ser más funesto para usted; en el de la disipación.

VER / MAG. — ¡Oh!

ZAC. — Hasta el punto de que le llaman... Habla, Inocencio, habla sin miedo.

COND. — ¿Cómo le llaman?

INOC. — «El Rey de los Tarambanas.»

COND. — ¡Jesús mil veces!

VER — ¡Qué barbaridad!

ZAC. — El señor de Monterrubio da una noche sí y otra no, fiestas paganas que le cuestan un dineral; se ha unido á una cuadrilla de amigotes y amigotas qué creen como él que vida y alegría son sinónimos, y claro, como tira el dinero á manos llenas, le han nombrado Jefe de la cuadrilla.

MAG. — ¡Qué atrocidad! ¡Jefe de cuadrilla!

VER — ¡Como Luis Candelas!

ZAC. — Yo no quiero, no me atrevo á hablarles á ustedes de sus escandalosas relaciones con el batallón de Citerea.

MAG. ¿Qué batallón ha dicho usted?

ZAC. Afortunadamente no tiene ninguna relación con el Ejército. Se entiende por batallón de Citerea la colectividad formada por muchachas de vida equívoca...

VER ¿Y el Ministro de la Guerra tolera que se emplee la palabra batallón para designar á esas sinvergüenzas?

ZAC. Bajo el régimen demócrata, ¿qué es lo que no se tolera?

COND. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

ZAC. Si sigue así el señor Conde, no tardará mucho en dilapidar su fortuna y la de usted.

COND. (Alarmada) ¿Cómo?

ZAC. Señora, yo no quisiera meterme en lo que no me importa, pero quizá conviniese... pensar en hacer algo... en defenderse.

COND. Sí, sí, ¿pero cómo?

ZAC. ¿No están ustedes casados bajo el régimen de la comunidad de bienes?

COND. En efecto.

ZAC. Es preciso, pues, comenzar por salvar la fortuna de usted. Si usted se arruina, ¿qué sería de sus fundaciones caritativas?

MAG. ¡Horrible!

VER ¡Pobres ovejas descarriadas!

COND. ¿Pero qué debo hacer?

ZAC. Dirigirse á los Tribunales y pedir para el señor Conde una declaración de prodigalidad con objeto de colocarle en la imposibilidad de enajenar sus bienes ó de tomar préstamos, cosa autorizada por el Código civil.. ¿Qué artículo, Inocencio?

INOC. (Como quien recita una lección.) Artículo 221. «La declaración de prodigalidad debe hacerse en juicio contradictorio. La sentencia determinará los actos que quedan prohibidos al incapacitado, las facultades que haya de ejercer el tutor en su nombre y los casos en que por uno ó por otro habrá de ser consultado el consejo de familia.» Artículo 222. «Sólo pueden pedir la declaración de que habla el artículo anterior el cónyuge y los herederos forzosos del pródigo y por excep-

ción el Ministerio Fiscal por sí, ó á instancia de algún pariente de aquéllos cuando sean menores ó estén incapacitados.» Artículo 223 «Cuando el demandado no compareciere...»

ZAC. Basta, basta; así continuaría horas y horas sin parar, y después nos diría las sentencias del Supremo sobre la materia, ¿verdad?

INOC. Hay una dictada en quince de Febrero de mil...

ZAC. Que calles, te digo.

MAG. Es un pozo de ciencia.

VER ¡Lo que se dice un pozo!

ZAC. Si á la señora Condesa le parece bien mi idea.

COND. ¿Cómo va á parecerme mal? ¡La ruina! Nada; hay que declarar pródigo al señor de Monterrubio.

MAG. ¡Bravo!

VER Muy bien hecho.

ZAC. De ese modo logramos salvar su dinero y que no pueda celebrar esas orgías, por lo menos con tanta frecuencia. ¡Un acto meritorio á los ojos del que todo lo ve!

VER. ¡Qué hombre este don Zacarías! ¡Todo lo ve!

ZAC. Además, dada la conducta escandalosa del señor Conde, me parece prudente que usted se oponga en lo sucesivo á que la señorita María vaya todos los años á pasar seis meses con él.

COND. Tiene usted razón.

MAG. ¡No se le escapa nada!

VER. ¡Para todo hay un hueco en esa cabeza!

ZAC. El roce con las personas entre las cuales se complace en vivir su esposo, ofrece para una señorita, por pura y casta que sea, ciertos peligros...

COND. Ciertamente.

ZAC. Admitamos que la inocente pudiera enamorarse de un hombre disipador como su padre... otro tarambana...

LAS TRES ¡Oh!

ZAC. ¿Querría usted tener un yerno que formase parte de la cuadrilla de ese hombre?

COND. ¡Oh, calle usted, calle usted!

ZAC. No me gusta meterme en lo que no me importa, pero lo que le convendría á su hija es un marido serio, morigerado, honrado. (Aparte á Inocencio.) Que te pongas derecho.

COND. Ya trataremos ese punto; ahora vamos á lo más urgente. Voy á enterar á María de la resolución que he tomado respecto de su padre. (Llama y aparece Deogracias por la izquierda.) Que venga la señorita en seguida, tengo que hablarla. (Deogracias hace mutis segunda derecha.) Ustedes vayan solas á la visita de inspección.

MAG. Ah, mi pobre amiga. ¡Qué pruebas tan duras le esperan á usted aún!

COND. Las lágrimas que vertemos en este mundo son otras tantas alegrías que nos esperan en el otro.

VER. Usted es de las mías, hay que pensar siempre arriba, en lo alto.

(Las tres se dirigen á la segunda derecha.)

ZAC. A ver si te haces simpático, hombre, sonríe...

INOC. Sí, tío...

ZAC. Si crees que con esa postura que parece que tienes un grano en el pescuezo vas á gustar á una muchacha que tiene más de dos millones de dote...

INOC. No, tío.

ZAC. ¡No tío!... ¡Sí tío!... A ti en sacándote del Código civil pareces un idiota.

COND. (Despidiéndose.) Luego iré á reunirme con ustedes.

VER.
MAG. } Hasta luego. (Mutis segunda derecha.)

ZAC. Anda, ven conmigo al despacho. Dejamos á usted, mi buena amiga; no nos gusta meternos en lo que no nos importa, pero sí me atreveré á recomendarle á usted firmeza, ¿verdad, Inocencio?

INOC. Firmeza y energía.

ZAC. (Aparte.) Gracias á Dios que has dicho algo regular.

COND. Descuide usted.

ZAC. Pasa, Inocencio. (Aparte.) ¡Pero ponte derecho, condenado! (Mutis primera derecha.)

ESCENA VII

CONDESA y MARÍA

COND. ¡Tirar mi fortuna en crápulas y festines! ¡Oh, nunca!

MARÍA (*Entrando por la segunda derecha con una carta en la mano.*) ¿Me llamabas, mamá?

COND. Sí, hija mía. ¿A quién has escrito?

MARÍA A papá.

COND. ¿A tu padre?

MARÍA Hoy es jueves y ya sabes que...

COND. Dame esa carta, María.

MARÍA Tómala, mamá. (*La Condesa la rompe.*) Pero, ¿qué haces?

COND. Tengo el sentimiento de decirte que en lo sucesivo me opondré, no sólo á que vuelvas á ver á tu padre, sino también á que le escribas.

MARÍA (*Asombrada.*) ¿Que te opones á que vea á papá? ¿A que le escriba? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido desde hace una hora?

COND. Conque sepas que mi decisión es irrevocable debe bastarte.

MARÍA Tú no puedes negarte á decirme el motivo de una determinación tan grave, tan imprevista...

COND. Y tú no debes preguntármelo... Debes comprender que si me niego á decírtelo es que tengo razones de un orden tan delicado...

MARÍA (*Con firmeza.*) Ya no soy una niña y tengo derecho á saber por qué me prohibes...

COND. (*Con reproche.*) ¡María!

MARÍA Perdóname, mamá; pero... ¿Te he disgustado?

COND. Mucho.

MARÍA Perdóname, te lo ruego, perdóname.

COND. Te perdono, hija mía, y puesto que exiges que te diga lo que quería ocultarte...

MARÍA Yo no exijo nada; es un ruego cariñoso.

COND. Pues bien, sabe que la vida de disipación y de gastos que lleva tu padre es tan escan-

dalosa que le han bautizado con el honroso mote de «Rey de los Tarambanas».

MARÍA (Vivamente.) ¿Quién te lo ha dicho?

COND. (Asombrada.) ¿Es decir, que lo sabías?

MARÍA ¡Mamá!

COND. ¿Lo sabías?

MARÍA Mi padre es un niño grande, menos culpable de lo que crees.

COND. ¿Le defiendes? ¡Tú!

MARÍA ¿Quién le ha de defender, sino su hija?

COND. No contento con haber hecho la desgracia de mi vida, me ha robado tu corazón.

MARÍA Mi corazón es tan suyo como tuyo. Reconozco que ha hecho cosas mal hechas; pero permíteme siquiera escribirle... volverle á ver.

COND. Nunca.

MARÍA Su última carta era tan tierna, tan llena de emoción... hasta dolorosa... Es la primera vez que él me ha escrito así. Parece como si se fuese dando cuenta de sus faltas y tuviese conciencia de su error...

COND. ¿Conciencia tu padre?

MARÍA Déjame al menos verle una vez, una sola vez.

COND. ¡Repito que mi resolución es irrevocable!

MARÍA (Suplicante.) ¡Mamá!

ESCENA VIII

DICHAS; DEOGRACIAS por segunda derecha con una tarjeta en bandeja

DEOG. Señora.

COND. ¿Qué quieres?

DEOG. Una visita. (Alarga la bandeja.)

COND. ¡Una visita! (Leyendo la tarjeta.) «Fernando Castillo.»

MARÍA (Aparte.) ¡Fernando!

COND. ¿Fernando Castillo? (A Deogracias.) ¿El hijo de nuestro difunto vecino?

DEOG. Sí, señora, el mismo. Le he reconocido en seguida. El señorito viene de Madrid y rue-

ga á la señora que le reciba... (Con miedo.) Dice que viene de parte del señor Conde.

COND. De ese taramba...

MARÍA ¡Mamá!

COND. (Devolviendo la tarjeta.) Conteste usted al señor Castillo que no hay nada común entre el señor Monterrubio y yo.

MARÍA (Deteniendo á Deogracias.) Deogracias... (A la Condesa.) Puede que le haya ocurrido alguna desgracia á papá. Te suplico que recibas al señor Castillo.

COND. (Después de un momento de duda.) Sea... Que pase... (Mutis Deogracias, segunda derecha.)

MARÍA Gracias, mamá, gracias. (Abrazándose á ella.)

COND. ¡Ah, los hijos, los hijos!

ESCENA IX

DICHAS y FERNANDO segundo derecha; detrás DEOGRACIAS que pasa á la izquierda

FERN. (Saludando.) Señora.

COND. ¿Desea usted hablarme de parte del Conde de Monterrubio?

FERN. En efecto.

COND. (Indicándole una silla.) Le escucho, pero debo advertirle que si he consentido en recibirlo á usted, ha sido únicamente cediendo á ruegos de mi hija.

MARÍA Hable usted, Fernando, ¿no es alguna desgracia lo que viene usted á anunciar?

FERN. Tranquilícese usted, no se trata de una desgracia, si no de una alegría muy grande.

MARÍA ¡Una alegría!

COND. Sepa usted que no puede haber alegría para mí en donde esté mezclado el nombre del Rey de los Tarambanas.

FERN. El que me envía no merece ya ese calificativo que hasta ayer se le daba.

COND. ¿Qué quiere usted decir?

FERN. Que el señor de Monterrubio, ha renunciado para siempre á la vida... ¿cómo diría yo? tempestuosa, que lleva desde su juventud.

COND. (Incrédula.) ¿Que Abelardo ha dado su último adiós á su existencia escandalosa?

FERN. Sí, señora.

MARÍA ¿Por qué no?

COND. ¿Así? ¿Tan pronto?... Vamos... vamos... Yo no creeré en su conversión hasta el día en que abandone ese maldito Madrid.

FERN. Ha dejado Madrid esta misma mañana.

COND. ¿Que ha dejado Madrid?

FERN. Para no volver.

COND. ¡¡El!!

FERN. Y me envía aquí para comunicar á usted su arrepentimiento é implorar su perdón.

MARÍA ¿Ves, mamá, cómo su carta no me había engañado?

COND. ¿Pero entonces se trata de un verdadero milagro?

FERN. Sí, señora; un milagro.

COND. ¿Habrá escuchado Dios mis plegarias?

FERN. Las ha escuchado, y ha escogido á la señorita María como instrumento de su voluntad.

MARÍA ¿A mí?

COND. ¿A mi hija?

FERN. A su hija, sí, señora; porque desde que el Conde supo el voto que ella había hecho...

COND. ¿El voto?

MARÍA (A Fernando.) ¿Usted le dijo á mi padre?..

FERN. Todo. El profundo dolor que causaba á usted la separación de sus padres, el ideal de su vida que no era otro que reconciliarlos, y el voto formal de no casarse hasta el día en que esa reconciliación se cumpliese.

COND. (Enternecida.) ¿Pero tú habías hecho esa promesa?

MARÍA ¡Os quiero tanto á los dos!

COND. (Abrazándola.) ¡Hija del alma! ¿Y qué más?...

FERN. Al día siguiente Abelardo me mandó llamar... ¡Ah, señora! ¡Qué cambio! Era otro hombre el que yo tenía ante mis ojos. Un hombre juicioso, serio.. Me comunicó sus proyectos de retirada, su deseo de entrar en la santa tranquilidad del hogar legítimo y me pidió que fuese su embajador cerca de usted.

COND. ¿Y ahora, dónde se encuentra?
FERN. Ahí fuera... delante del portalón de la casa, espera impaciente... ansioso...
MARÍA ¡Mamá! ¡Olvida... perdona!
COND. (Indecisa.) ¡Olvidar!... ¡Perdonar!...
FERN. (Suplicante.) Señora...
MARÍA (A media voz.) «Señor, perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos...»
COND. Vaya usted á buscar á mi marido.
FERN. ¡Oh, gracias, señora! (Mutis segunda derecha.)

ESCENA X

CONDESA y MARÍA

MARÍA ¡Qué tonta! ¿Pues no se me saltan las lágrimas? En vez de reir y cantar, lloro, lloro de felicidad...
COND. Y te sobran motivos. Eres tú quien ha salvado á tu padre.
MARÍA No, no soy yo sola; hay otro.
COND. ¡Otro!
MARÍA Fernando. Le llamo Fernando porque nos hemos conocido desde pequeños; es tan bueno... ¡Tiene tan buen corazón!
COND. María... mírame... ¿Es que acaso? ¿Por casualidad?
MARÍA Sí, pero no por casualidad.
COND. ¡Desgraciada! ¿Amas á un hombre que forma parte de la cuadrilla de tu padre?
MARÍA No, él no... yo te lo juro. Te pedirá mi mano, y tú que eres tan buena se la concederás, porque me ha ayudado á reconquistar á papá.
COND. ¡Ah, los hijos, los hijos!

ESCENA XI

DICHOS. FERNANDO y MONTERRUBIO por la segunda derecha, después DEOGRACIAS por la izquierda

FERN. Entre usted sin miedo, Abelardo.
MARÍA (Abrazándole.) ¡Papá! ¡Papá!
MONT. Querida *Mery*...

MARÍA (Bajo.) No; se acabó *Mery*... *Mery* es el pasado.

MONT. Sí, tienes razón... es el pasado... María.

MARÍA (Tomando á su padre de la mano y llevándolo ante la Condesa.) Ven... ven... aquí está el pecador arrepentido.

MONT. Genoveva, tienes delante de ti á un hombre que ha pecado mucho y que desde hoy solo quiere vivir para expiar sus faltas.

COND. Tomo nota de tu arrepentimiento y te perdono... No, no me des las gracias; ¿no está escrito que habrá más indulgencia en el cielo para un pecador arrepentido que para diez mortales que no hayan pecado? De tus errores pasados no se hablará más entre nosotros. Es una nueva vida que empieza.

MONT. Y que será para mí toda de reconocimiento y humildad.

COND. Nosotros viviremos en lo sucesivo sin otra preocupación que la salvación de nuestra alma.

MONT. Y la felicidad de nuestra hija.

COND. Sí.

MARÍA Vamos, un apretón de manos, un abrazo.. algo que selle esta reconciliación.

MONT. (Suplicando.) ¡Condesa!

MARÍA (Empujándole.) Abrázale, mamá.

COND. Sea. (Se abrazan.)

MONT. (Aparte.) Todavía está guapa.

COND. (Aparte.) Siempre ha sido un buen mozo.

FERN. Ahí tiene usted reunidos á nuestros niños grandes.

MARÍA Fernando, le debo á usted la alegría más grande de mi vida.

COND. María.

MARÍA Mamá.

COND. Vé á decir á la madre superiora que me dispense, y ruega á doña Verónica y á doña Magdalena que vengan á buscarme cuando terminen la visita de inspección.

MARÍA Al momento. (Mutis segunda derecha.)

COND. Tengo impaciencia porque todos aquellos que quiero compartan mi alegría.

MONT. Nuestra alegría.

DEOG. (Entrando.) Dispénseme, señora es... (Viendo á Monterrubio.) ¡El señor Conde! (Asombrado.)

COND. Sí, Deogracias. El señor Conde que ha vuelto, y para siempre.

MONT. Buenos días, Deogracias.

DEOG. (Turbado.) ¡Ah, señor Conde!... señor Conde...

COND. ¿Qué querías?

DEOG. El señor cura está en el locutorio... me ruega pregunte á la señora Condesa si tiene algo que mandarle.

COND. Dígale al señor cura que pase.. ó si no iré yo misma... Se me ha ocurrido una idea... Hasta ahora. (Mutis izquierda con Deogracias.)

ESCENA XII

MONTERRUBIO y FERNANDO

FERN. ¿Y qué? ¿Está usted contento de su embajador?

MONT. Sí, querido León y Castillo; gracias á ti he conseguido el perdón.

FERN. El pasado queda en el olvido.

MONT. ¡El pasado! ¡El olvido! ¡Música! ¿Tú crees que yo estoy realmente ofendido con mi pasado?

FERN. Cuando busca usted su arrepentimiento...

MONT. (Mirando á todos lados.) ¡Música!

FERN. ¿Cómo? ¿Acaso su conversión?...

MONT. Música.

FERN. ¿Entonces?

MONT. ¿Tú no te acuerdas de un rey que dijo que París bien valía una misa? Bueno; pues yo, Abelardo primero, digo que el matrimonio de mi hija bien vale una misa y un sermón y un mes de genuflexiones y golpes de pecho.

FERN. ¿Entonces, he sido un juguete de usted?

MONT. Naturalmente... ¿Es que si yo te hubiese confesado mi plan te habrías prestado á ser mi embajador?

FERN. De ningún modo.

MONT. (Pausa.) Lo ves... Oye, ¿no notas un olor así

como de sacristía... Sí, cásate pronto, porque si no voy á coger un color amarillo que me va á perjudicar luego en Madrid.

FERN. ¡Casarme! ¡Habiéndome usted hecho su cómplice en esta felonía!

MONT. ¿Pero qué cómplice? Al venir aquí tú lo hiciste de buena fe, creyendo en la muerte de mi pasado. Si él resucita al día siguiente de tu boda, ese es asunto á ventilar entre mi conciencia y yo, y á mi conciencia la conozco perfectamente, no se ha de incomodar conmigo.

FERN. ¿Pero ahora que sé que no es más que una comedia, quiere usted que yo asista impasible, á... no, eso no?

MONT. ¿Por qué no? Ya verás qué bien lo hago; le besaré la mano á todos los curas, me aprenderé de memoria todos los devocionarios de mi mujer.. me acostaré á las ocho y cuarto.

FERN. No, no, yo debo decir la verdad...

MONT. Bueno, ¿quieres renunciar para siempre á María?

FERN. ¿Cómo?

MONT. Naturalmente; hablar es perderla.

FERN. (Con pena.) ¡Perderla!

MONT. Sí, perderla. Conque déjame á mí simular esta conversión, no es sólo tu felicidad la que depende de ella, es también la de María, y no te reconozco el derecho de destruirla.

FERN. ¿Pero cuando ella se entere...?

MONT. Ya será tu mujer, y cuando se ama y se es amada se consuela uno en seguida. En cuanto á la Condesa, con dos novenas y tres días de ayuno se calmará seguramente.

FERN. De todos modos, me lanza usted á una aventura...

MONT. Todo lo dramatizas. ¿Quieres que te diga una cosa? Yo soy, sencillamente, un padre admirable.

FERN. ¡Usted!

MONT. Y tú serás un marido modelo, de lo que me felicito, porque gracias á ti habrá siquiera uno serio en la familia.

ESCENA XIII

DICHOS, DON ZACARÍAS é INOCENCIO, por la primera derecha; la CONDESA, por la izquierda, seguida de DEOGRACIAS, que pasará á la segunda derecha; después VERÓNICA, MAGDALENA y MARÍA, por la segunda derecha

ZAC. (A Inocencio.) Sobre todo esa cabeza alta, ¿sabes? y... Ustedes dispensen...

MONT. ¿Quiénes son éstos?

ZAC. ¿A quién tengo el honor de hablar?

MONT. Al Conde de Monterrubio.

INOC. ¡El rey de los tarambanas!

COND. (Que ha salido un momento antes.) No; sepan ustedes una gran noticia; el cielo ha hecho un milagro.

ZAC. ¿Un milagro? (Aparte.) No creo en milagros.

COND. (Presentando.) El señor don Zacarías Ladrón de Guevara y su sobrino Inocencio.

ZAC. (Inclinando la cabeza.) Señor mío.

INOC. Señor mío.

MAG. ¿Pero es verdad lo que dice María?

VER. ¿Qué el señor Monterrubio se ha sentido tocado de la divina gracia?

COND, Sí, queridas amigas. (Presentándolo.) El Conde de Monterrubio, el señor Castillo, mis amigas y colaboradoras, Verónica y Magdalena.

MAG. (Inclinándose.) Señor.

VER. (Aparte.) Le pasa lo que á mi Juan, la apariencia engaña, y como una se deja llevar tanto de las apariencias...

MARÍA (A Fernando.) Parece que está usted preocupado, ¿qué le pasa?

FERN. (Disimulando.) Nada... le aseguro á usted que...

(Se oye el toque de una campana.)

VER. ¡La campana! ¿Pero es ya hora de vísperas?

COND. No, aún no, pero para dar gracias al cielo y expresarle mi reconocimiento, he pedido al señor cura que se cante un *Te deum* en la capilla. (Al Conde.) ¿Lo oiremos juntos, verdad?

MONT. Te has adelantado á mis deseos. Este (*Por Fernando.*) lo oirá también con nosotros.

FERN. (*Aparte.*) Yo no voy á poder resistir.

MONT. (*A él.*) Toma ejemplo de mí.

ESCENA FINAL

DICHOS y DEOGRACIAS; después la Agrupación de JÓVENES DESCARRIADAS por la segunda derecha

DEOG. Señora, las jóvenes descarriadas vienen á desfilar ante el Conde.

MONT. ¡Hombre, sí, que desfilen, he oído hablar de esta admirable institución! ¿Hay muchas?

COND. Nunca faltan desgraciadas.

MONT. Pues que pasen. (*Aparte.*) Esto es más entretenido que el *Te deum*, y cuando se han descarriado no serán muy feas.

INOC. Tío, esta es la vuelta del hijo pródigo. Habrá que matar al buey más gordo.

ZAC. Quien sabe. Tengo esperanzas de que le salvaré la vida á ese pobre animal.

(*Aparecen formadas las Jóvenes descarriadas, son ocho ó diez que visten como colegialas. Al frente de ellas sale María, que debió hacer mutis al anunciarlas, y desfilan ante el Conde cantando á voces solas.*)

Señor, escucha mi queja
y haz por tu fe inmaculada
que vuelva al redil la oveja descarriada.

(*Va cayendo el telón al empezar el Coro y termina de caer con la frase.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un telón á todo foro, en el cual debe dibujarse apenas una vista de Salamanca. En el fondo cruza de una caja á otra una verja de hierro. La puerta de entrada estará también en el foro, pero á poca distancia de la lateral derecha del actor. A la izquierda, en primer término, fachada del caserón señorial de los Monterrubios, con escudo en la puerta: etc., y dando frente al público sale, formando ángulo con la fachada, un ala del edificio, que tendrá un balcón practicable: toda la fachada de este ala, desde el balcón al suelo, estará cubierta de unos enrejados fuertes de madera, por los cuales treparán yedras, enredaderas, campanillas, etc., etc. La lateral izquierda cubierta por árboles, etc., etc. En el hueco que queda desde la verja á la batería, mesa y sillas de jardín.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO y REYES, que salen de la casa del jardín: Fernando desde la puerta como si hablase con alguien dentro: después MARÍA desde el balcón

FERN. Ya lo sabe usted, Deogracias; que enganchen en seguida el familiar para conducir á la estación al señor Reyes. (Volviéndose á Reyes.) Tienes tiempo sobrado.

REYES Es que necesito detenerme en Salamanca para hacer unos encargos y recoger mi equipaje del Hotel.

FERN. Aun así y todo, tendrás que esperar en la estación.

REYES Bien, Fernandillo, bien... Hombre, y ahora que estamos solos, permíteme darte las gracias por la excepción que has hecho en mi favor.

FERN. ¿La excepción?

REYES Naturalmente, de todos tus amigos antiguos, he sido el único que has querido tener á tu lado en este día de alegría.

FERN. Todos mis antiguos amigos no eran más que compañeros de placer, y tú unes á ese título el de ser artista y el de haber sido mi confidente.

REYES Es verdad. En la última juerga lírica, bueno... ó *soirée* ó como quieras llamarla, que dió Monterrubio, me diste dos horas de sesión amorosa... Menos mal que ya estás casado.

FERN. ¡Mi mujer!... ¡Ah, si tu supieras que cantidad de ternura y de felicidad hay en estas dos palabras!... ¡Mi mujer!..

REYES Bueno, hombre, bueno... Tú con tus amores, y tu suegra con sus preocupaciones, me habéis dado un ratito...

FERN. ¡Pobre Reyes!

REYES Figúrate, que cuando se enteró la Condesa de que yo era músico, mejor dicho, aficionado, se empeñó en que tocase no sé qué canto Gregoriano. ¡Cantos Gregorianos á mí! Y el caso es que yo, sin darme cuenta y creyendo que le gustaría, empecé á tocar aquello de *Ahí va*... *Ahí va*... ¡Chico, ella que lo oye y dos señoras que hacían como que no lo oían... pusieron una cara que paré antes de llegar á Judea!

FERN. Naturalmente, ya te advertí el espíritu que reinaba aquí.

MARÍA (Asomándose al balcón.) ¡Hola, maestro!

REYES (Saludando.) Señorita... digo, perdone usted, señora doña María.

MARÍA ¿Se va usted por fin ahora?

FERN. ¡Es necesario! ¡Hago mucha falta en Madrid!

MARÍA Entonces dispénseme que no baje á estrechar su mano. Tengo que cerrar los baules y hacer otro sin fin de cosas.

REYES ¿También marchan ustedes?

FERN. Sí, en el tren de la tarde.

MARÍA Vamos á Roma.

REYES ¡Hola! A la cuna del arte!

MARÍA A hacer una visita al tío de mamá... al Cardenal, y después... el viajecito clásico de novios... Ya le enviaremos á usted tarjetas postales, ¿verdad, Fernando?

REYES No, por Dios; enviarme artículos del país, mortadela... vermouth... pero postales no... ¡Estoy de postales y valses austriacos!...

MARÍA Y usted, ¿cuándo se decide?

REYES ¡Quién sabe!...

MARÍA Ya tampoco es usted ningún niño: imite el ejemplo de Fernando, y sobre todo el de papá.

REYES ¡El de papá! ¡Yo estoy asombrado!... Hace poco le miraba en la iglesia al lado de su esposa, y su actitud humilde, recogida, era la admiración de todos; ¡se daba unos golpes de pecho! Vamos, yo no entiendo eso, pero á mí me parecían demasiados golpes.

MARÍA ¡Es tan bueno! Desde hace un mes que llegó acompaña á mamá todas las mañanas á misa, y todos los domingos á vísperas... Además, á cada momento va á la fundación á consolar á esas pobres muchachas descarriadas; ¿verdad, Fernando?

FERN. (Confuso.) Sí... sí.

MARÍA Y no ha perdido un solo sermón del padre Estanislao.

REYES ¡Admirable! ¡Ha sido una conversión que puede codearse con la del Duque de Gandía!

MARÍA ¡Pues á ver si toma usted ejemplo! ¡Vaya, voy á mis baules!

REYES Buen viaje.

MARÍA Igualmente. (Cierra el balcón y se va.)

ESCENA II

DICHOS y MONTERRUBIO que sale de la casa hablando con DEOGRACIAS

MONT. Sí; es esa morenita de ojos grandes que creo que se llama Dolores. Esa de las caderas, tan...

DEOG. Ya sé la que dice el señor.

MONT. Bueno, pues le das de mi parte este escapulario, y la dices que cuando vaya á Salamanca la traeré lo que la he prometido.

DEOG. Está bien. (Mutis.)

MONT. ¡Mis ovejas que me hacen encargos! Y como las pobrecitas son tan desgraciadas!... ¡Ah! Fernando, tu madre política preguntaba por tí.

FERN. ¿Por mí? (A Reyes.) Dispénsame un momento.

MONT. Sí, anda, yo haré compañía á Reyes hasta su partida. (Mutis Fernando por la casa.)

ESCENA III

MONTERRUBIO y REYES

REYES (Mirando con admiración á Monterrubio.) ¡Quién se lo podía imaginar!

MONT. (Después de un momento de pausa y en voz baja.) ¿Qué se dice de mí por allá?

REYES ¿Por dónde?

MONT. Por Madrid. ¿Qué se murmura?

REYES Pues hombre, ya puedes figurarte, primero hubo incredulidad..

MONT. Claro, ¿y después?

REYES Después... cuando nos aseguraron que habías salido de Madrid para siempre, ¡la incredulidad cedió el puesto á la estupefacción y en el casino, y en los teatros, y en todas partes no se hablaba más que de tu conversión, y hasta un periódico festivo pu-

blicó tu caricatura en la que aparecías vestido de franciscano.

MONT. ¿De veras?

REYES ¿No lo has visto?

MONT. No; hace un mes que no leo más que *El Eco del Cielo* y *La Semana Cristiana.*

REYES En fin, que puedes decir que tu abdicación ha dado que hablar tanto como tus fiestas, y que Madrid entero la ha discutido y hasta la ha llorado.. Nosotros por nuestra parte, al día siguiente de tu marcha, nos reunimos en el Inglés, y decidimos no comer ostras aquel día en señal de luto.

MONT. ¡Ah! Es una atención delicadísima... ¿De manera que nadie duda de la sinceridad de mi arrepentimiento?

REYES Nadie; la alegría de la vida ha perdido uno de sus más entusiastas representantes.

MONT. Entonces lo que preparo va á caer como una bomba.

REYES ¿Qué? ¿Te vas á hacer benedictino ó vas á entrar en la Trapa?...

MONT. Oyeme, Reyes... En cuanto llegues á Madrid vas á escribir una tarjeta á toda la pandilla de alegres que me seguía.

REYES ¡Una tarjeta!

MONT. Citándoles en el *Restaurant de Niza* á una comida que se llamará: la de resurrección.

REYES ¿Cómo?

MONT. Que vuelvo á mi sitio; á mi vida. Que resucito...

REYES ¿Tú?

MONT. Sí, yo...

REYES ¡Pero!...

MONT. Silencio, mi mujer.

ESCENA IV

DICHOS, CONDESA, VERÓNICA y MAGDALENA, por la puerta de la casa. DEOGRACIAS, foro

COND. Aquí en el jardín estaremos mejor.

DEOG. El coche está dispuesto.

COND. ¿El coche?

MONT. Sí, para el amigo Reyes.

COND. ¡Ah! es verdad... ¿Nos deja usted, amigo mío?

REYES Me es indispensable y créame usted que me llevo un agradable recuerdo de su afectuosa acogida.

COND. Siendo amigo de Fernando y de Abelardo... Conque hasta la vista y quiera Dios que usted también se decida algún día, á abandonar ese condenado Madrid, donde los pensamientos piadosos son flores bien raras.

MONT. Parece que me has oído; esas mismas palabras le estaba yo diciendo cuando entrabais.

COND. (Con alegría.) ¿De veras?

REYES Muy parecidas. (Aparte.) ¡Cómo miente!

COND. ¿Y has tenido la fortuna de convencerle?

MONT. Casi, casi... ¿Verdad, Reyes?

REYES Sí, señora... Casi... casi... (Aparte.) Casi estoy por decirle lo de Niza.

COND. ¡Cuánto me alegro! (Dándole la mano.) Hasta la vista, y acuérdese de que nunca es tarde para oír sonar la hora del arrepentimiento.

MONT. Este es de los que la oyen. De los que la oyen. (Aparte.) Y se hace el sordo.

REYES No olvidaré sus consejos... Señora... señoras...

MONT. Anda, te acompaño hasta la estación.

COND. (Aparte.) Puesto que vas con él, insiste en tus consejos... recuérdale lo tuyo.

MONT. No tengas cuidado que se lo recordaré. En seguida vuelvo. (Mutis los dos por el foro.)

ESCENA V

DICHAS, menos MONTERRUBIO y REYES

COND. Me encanta la actitud de mi esposo; ya han oído ustedes cómo ha tratado de convertir á su amigo Reyes.

MAG. Proselitismo... eso es meritorio.

VER. ¿Y usted se ha repuesto algo de sus emociones, querida Presidenta?

COND. Sí; ¡ha sido un día inolvidable! Sólo ha faltado una cosa á mi felicidad: la presencia de nuestro buen amigo don Zacarías.

MAG. ¿De modo que seguimos sin noticias suyas?

COND. Completamente. Hace ya tres semanas que se marchó con su sobrino sin avisarnos, sin despedirse y sin que sepamos dónde habrá ido.

VER Yo lo sé desde ayer.

COND. ¿Cómo? ¿Y nada me ha dicho usted?

VER. No he tenido ocasión de hablar con usted Pero el caso es que ayer tarde me encontré á don Dámaso, el organista de la catedral, y me aseguró que nuestro digno amigo había marchado á Madrid.

COND. ¿A Madrid?

VER Lo sabe por el jefe de la estación.

COND. Pero, ¿qué ha ido á hacer en Madrid? Si allí no conoce á nadie...

MAG. ¿Cuál puede ser la causa de ese viaje misterioso?

COND. ¡Quién sabe!

VER Yo venía notando hace un poco de tiempo que don Zacarías estaba muy preocupado.

MAG. Es verdad... ahora caigo yo, que yo también he notado... precisamente á los pocos días de la llegada de su esposo.

COND. Pues yo no he notado nada.

VER. Se comprende. Preocupada con los preparativos de la boda, paladeando la alegría por el retorno del esposo...

ESCENA VI

DICHOS. ZACARÍAS é INOCENCIO por el foro

ZAC. (Desde la puerta.) Buenas tardes.

COND. ¡El!

MAG.
VER } ¡El!

ZAC. Sí, señora, yo.

COND. Por fin, amigo mío. ¡Ya era hora! Hola, Inocencio.

INOC. Buenas tardes, señora.

VER ¿Conque viajecitos misteriosos, eh?

COND. ¡Y no escribir ni una sola vez desde su marcha!

ZAC. La menor indiscreción hubiera comprometido el éxito de nuestro viaje.

COND. ¿La menor indíscreción?

ZAC. Sí; pero ante todo, ¿dónde está el señor Conde?

COND. Ha ido á la estación acompañando á un amigo.

VER. ¿No se lo han encontrado ustedes?

ZAC. Hemos venido por el atajo... ¡Tanta prisa teníamos de llegar! ¿Verdad, Inocencio?

INOC. Sí, tío.

COND. ¿Y para qué tanto misterio?

ZAC. ¡Ah, pobre amiga mía!

COND. Vamos, hable usted.

VER Explíquese.

ZAC. (Sentándose.) Con permiso. Siéntate, Inocencio, y ustedes siéntense también y oiganme. (Se sientan todos) Cuando el señor Conde volvió hace un mes arrepentido y quemando los ídolos que había adorado, yo sentí al principio una alegría inmensa por aquel milagro tan inesperado; sin embargo, una sospecha me asaltaba, á pesar mío.

COND. ¿Acerca de qué?

ZAC. Acerca de la sinceridad de la conversión. Y me preguntaba ¿si este arrepentimiento tan cacareado no fuese más que una comedia?...

COND.
MAG.
VER. } ¡Oh!

ZAC. ¿Si estará abusando de la candidez de una mujer como usted, tan digna de respeto, de nuestra querida Presidenta, á quien veneramos, á quien adoramos?... ¿Verdad, señoras?...

VER Ni qué decir tiene.

ZAC. En fin, queriendo poner término á esta zozobra, y con objeto de tranquilizar mi conciencia, nos decidimos Inocencio y yo ir á Madrid.

COND. ¿De modo que fué con ese objeto su viaje?

ZAC. Con ese únicamente. Para adquirir informes en interés de usted... Porque yo, ¿qué interés podía tener?

COND. ¡Claro está!

MAG. ¡Qué ejemplo de fidelidad!

VER ¡Y luego dicen de los perros...

COND. ¿Y el resultado?

ZAC. Durante quince días, todas las noches hemos visitado los lugares de perdición que frecuentaba el señor Conde, y en los cuales estábamos seguros de encontrar uno ó varios de los amigos que formaban la pandilla juerguista... así, por ejemplo, hemos estado en Apolo, en el Gran Teatro, en Eslava, en el Salón Madrid...

INOC. Y en el Royal Kursal.

ZAC. ¡Oh! el Royal Kursal. ¡A qué pruebas tan duras nos ha sometido nuestro piadoso fin!... ¡Y cómo pueden vivir los seres humanos en esos antros!

INOC. ¡Qué manera de vestirse!

ZAC. ¡Qué manera de desnudarse dirás! Los brazos al aire, las piernas al aire, el descote al aire.

COND. ¡Jesús mil veces!

VER ¿Pero allí no hace frío?

INOC. No señora: en esos salones no se siente el frío... yo por lo menos...

ZAC. ¡Qué procacidades! ¡qué cantos! ¿Cómo era lo del té, hijo mío? ¿Eso que venías tarareando en el vagón?...

INOC. ¡Ah, sí! pues una que salía con un servicio de té, y después de una introducción, que ahora no recuerdo, se conoce que se ponía mala y decía:

Echa té que me pongo
muy mala.
Echa té que..

¡Caramba, tampoco me acuerdo! (Recordando.) Echa té... ¿Con qué decía?...

VER. Sería con aguardiente, porque estando mala...

INOC. Sí, una cosa así. Y no era fea, ¿eh?

MAG. Pues el té no es una bebida mal vista.

INOC. Si lo terrible era la vista que ponía al pedirlo.

ZAC. Pobre Inocencio. ¡Qué espectáculo se ha visto obligado á presenciar! ¡Hasta se puso malo el pobre chico!

INOC. Sí, señora... aquello era para ponerse malo.

ZAC. Yo mismo me sentí... indispuesto.

VER. Ya se lo tomarán á ustedes en cuenta allá arriba.

COND. Bien, continúe usted.

ZAC. (A Inocencio.) ¿Dónde estábamos?

INOC. En esa desdichada del té.

ZAC. ¡Ah, bien! pues de allí nos íbamos á otro antro y mientras yo escuchaba en las puertas de los palcos que ocupaban sus amigos, éste indagaba en los escenarios; por cierto que en uno de ellos le echaron de una manera tan bárbara, que recuerda los procedimientos que se usaban tiempos atrás.

INOC. Pero muy atrás. (Moviéndose en el asiento.)

ZAC. Se hablaba bastante de él... mejor dicho, no se hablaba más que de él, pero nadie dudaba de la sinceridad de su conversión.

COND. (Con alegría.) ¡Ah, vamos!...

ZAC. Ya empezábamos á desesperar...

COND. ¿Desesperar?

ZAC. No. A esperar que estábamos equivocados, cuando una noche llegó á mi oído mezclado con el nombre de su esposo el de una mujer: Alfonsina.

COND. ¡Alfonsina!

ZAC. Cuarenta y ocho horas después conocía su domicilio, sabía que era casada y que... no encuentro la palabra.

COND. Dígalo todo por descarnado que sea, yo le autorizo.

ZAC. Y que se entendía con su esposo de usted.

COND. (Indignada.) ¡Oh! ¡Amante de una mujer casada!

VER Yo en cuanto le ví lo dije; á este le gusta la fruta del cercado ajeno; ¡mira de un modo! que yo siendo hortelana no estaría tranquila.

ZAC. — Y si fuese eso sólo... pero, en fin, déjenme ustedes acabar este suplicio...

COND. — Sí, acabe usted, amigo mío.

ZAC. — Nos hicimos amigos de la doncella de la casa; este ¡pobre! tuvo que hacerla el amor.

VER — ¡Angel mío!

INOC. — Y gracias á que el cielo debió inspirarme, porque no lo hice mal del todo, ¿verdad, tío?

ZAC. — Poco feliz de frases; pero, en fin, el hecho tristísimo, el hecho terrible es que...

COND.
MAG.
VER. — ¿Qué?

ZAC. — ¡Ah, mi buena amiga! ¡Haga usted un llamamiento á todo su valor de cristiana, de esposa y de madre!

COND. — ¡Acabe usted de una vez!

ZAC. — La engaña á usted hace un mes, representando una comedia abominable.

MAG.
VER — ¡Qué escándalo!

COND. — ¿Entonces todos estos días que me ha acompañado á misa?...

INOC. — Comedia.

COND. — ¿Su entusiasmo por nuestro *Reformatorio de jóvenes descarriadas?...*

ZAC. — Comedia.

COND. — ¿Y lo que me dijo esta mañana? «Genoveva, este es el verdadero amor; el que queda; aquel es el amor que pasa.»

INOC. — Comedia también.

COND. — ¡Qué horror! ¡Si es increíble!

ZAC. — ¿Increíble?... Inocencio saca las cartas.

INOC. — Aquí están, tío.

COND. — ¿Qué significa?..

ZAC. — Las cartas que desde aquí ha escrito el señor Conde á su amante y que la doncella me ha entregado mediante una fuerte cantidad...

INOC. — Y mi promesa de casamiento...

COND. — ¡El la ha escrito! ¡En mi casa!

ZAC. — Todos los días. (A Inocencio.) Lee una cualquiera.

INOC. (Leyendo.) «Adorable Alfonsina: He ido á Salamanca á recoger tu carta á la lista de Correos, diciéndole á doña Cuaresma...

COND. ¿Doña Cuaresma?

ZAC. Es el nombre que le da á usted en sus cartas.

COND. ¡Qué infame!

INOC. (Leyendo.) ...«Diciendo á doña Cuaresma que iba á rezar á la Catedral.»

COND. En efecto... recuerdo que me dijo...

INOC. (Leyendo.) «Ya hace ocho días que estoy en este caserón, aburridísimo, donde hasta los criados parece que te hablan en latín, sin otra compañía, aparte de mi hija y de Fernando, que un tal don Zacarías Ladrón de Guevara, falso como un Judas, que con la mano derecha se da golpes de pecho, mientras que con la izquierda te quita lo que puede, sin duda para cumplir con el precepto aquél de que no se entere tu mano derecha de lo que hace la izquierda ..»

COND. ¡Oh, pobre amigo nuestro!...

ZAC. (Con calma.) Sigue, hombre, sigue.

INOC. (Leyendo.) «De su sobrino Inocencio, un joven que si todo lo que tiene de idiota lo gastase en hipofosfitos daría gusto verle.»

VER. ¡Qué atrocidad!

INOC. (Leyendo.) «Y unas cuantas damas patronales más ó menos ridículas...»

ZAC. Ahora les toca á ustedes.

INOC. (Leyendo.) «Como doña Verónica, esposa de un diputado radical, del que abomina en público, y al que le da todos los años un elector.»

VER. ¡Falso! El año pasado no hubo elector á Dios gracias.

INOC. (Leyendo.) «Y otra señorita deteriorada que responde por Magdalena, y que verdaderamente no está para tafetanes.»

MAG. (Indignada.) ¿Pero dice eso?

INOC. Y está subrayado lo de los tafetanes.

VER. ¡Y han suprimido la Inquisición!

ZAC. (A Inocencio.) Acaba.

INOC. (Leyendo.) «He dado orden á mi agente de

bolsa que tenga á disposición de tu marido para fin de mes las cincuenta mil pesetas convenidas...»

COND. ¡Cincuenta mil pesetas!

VER. ¡Por lo visto mantiene al marido también!

ZAC. Y ya ve usted lo que le cuesta...

COND. No sigas leyendo, hijo mío, y dame esas cartas...

INOC. Tome usted, señora...

COND. Lo que no acierto á comprender es el objeto que se propone haciendo esta comedia del arrepentimiento.

ZAC. ¿Cómo? ¿Aún no lo ha comprendido usted?

COND. No.

VER. Ni yo.

INOC. Pues está más claro que la luz. Si el señor Conde ha fingido arrepentirse ha sido únicamente para que pueda Fernandito, su compañero de placeres, casarse con María.

COND. ¿Cómo? ¿Ustedes creen?

ZAC. Su hija había hecho la promesa de no casarse hasta que usted se hubiera reconciliado con su marido, y al saberlo los dos compadres se pusieron de acuerdo y...

COND.
VER.
MAG. } ¡Qué barbaridad!

ZAC. Afortunadamente, y gracias á Dios, los hemos desenmascarado.

COMD. Sí, pero demasiado tarde.

ZAC. (Asustado.) ¿Cómo demasiado tarde?

COND. La boda se ha celebrado hoy mismo.

ZAC. (Anonadado.) ¿Casados? ¡Están casados!...

VER. Y salen esta tarde para Italia...

ZAC. (Aparte.) ¡Derrotados por veinticuatro horas!

COND. ¡Ah! ¡querido amigo!.. no me abandone usted... deme usted un consejo.

ZAC. (De mal humor.) ¿Y qué quiere usted que le aconseje? Nos han vencido. No queda nada que hacer, ¿verdad, Inocencio?

INOC. Puede que si quede, tío.

ZAC. (Con alegría.) ¿Cómo?... ¿Qué?..

COND. (Idem.) ¡Hable usted, hijo mío!

VER. (Idem.) Dígalo, monín.

INOC. Habiendo sido obtenido el consentimiento de la señora Condesa por dolo, es decir, por fraude, la Iglesia puede decretar la anulación del matrimonio *si non consumatum est matrimonium.*

ZAC. ¡Pues es verdad!

COND. ¿Cree usted?

ZAC. No creo, estoy segurísimo. Sólo que es necesario, imprescindible, que María se niegue á seguir á su marido; no han de verse más...

COND. Yo respondo de ella.

MAG. (A Verónica.) *¿Si non consumatum est matrimonio?* ¿Qué significará?

VER Pues hija, yo no entiendo el latín, pero no se puede decir mejor ni más claro. (Habla bajo con Magdalena.)

ZAC. Su tío de usted el Cardenal puede sostener la demanda cerca del sacro Colegio.

COND. Hay que telegrafiarle en el acto.

ZAC. Yo me encargo de ello. En cuanto á don Fernando Castillo...

COND. Antes de una hora le habré echado de esta casa.

ZAC. Muy bien. Y una vez que la anulación esté decretada podrá María casarse á gusto de usted. (Aparte á Inocencio.) ¡Ponte derecho, majadero, como cuando la criada!..

VER. Por allí me parece que viene su esposo.

COND. (A Verónica.) ¿Quiere usted hacerme el favor de decir á María que salga?

VER. No faltaba más.

MAG. Adentro la espero. Valor. (A Verónica.) ¡Que no estoy para tafetanes!

VER. ¿Qué sabe ese hereje de nada? (Mutis las dos.)

ESCENA VII

DICHOS y MONTERRUBIO por el foro

MONT. ¡Ea, ya estoy de regreso!... ¡Caramba, si es el señor don Zacarías Ladrón de Guevara!... ¿Qué tal? ¿Se ha hecho buen viaje?

ZAC. Inmejorable, señor... Doy á usted las gracias. Vamos, Inocencio.

MONT. No estorba usted.

ZAC. Lo sé, pero tengo que poner un telegrama muy urgente... Vamos... (Aparte.) ¡Ya es nuestro!

ESCENA VIII

MONTERRUBIO y CONDESA

MONT. (Por Zacarías.) Hoy tiene el aire más falso que de costumbre. (Alto.) Bueno, querida Genoveva... Ya tenemos á María casada. Mañana la señora de Castillo y su esposo estarán en Italia... ¡Oh, Italia, Italia! ¡Florencia! ¡Venecia!... ¿Recuerdas? A Venecia fuímos nosotros también recién casados.

COND. Lo recuerdo. Después regresamos á Madrid, á ese Madrid que has dejado hace un mes para siempre.

MONT. Y que lo digas muy alto.

COND. ¿De modo que no piensas volver?

MONT. ¿A Madrid? jamás.

COND. ¿Y no echas de menos nada de tu vida pasada?

MONT. Genoveva, por Dios, no me mortifiques: no me recuerdes mi pasado de escándalo, de... náuseas me produce el recordarlo.

COND. ¿De modo que eres feliz?

MONT. ¿Cómo no serlo estando junto á ti?

COND. (No pudiendo disimular más.) ¡Oh, calle usted, calle usted y no mienta más!

MONT. ¡Genoveva!

COND. Su conversión, su arrepentimiento, ha sido una farsa ridícula, que afortunadamente don Zacarías ha podido descubrir.

MONT. ¡Ah! ¿Ha sido ese santo de guardarropía?

COND. Insúltele usted después de lo que ha hecho.

MONT. Pues bien, sí; todo esto no ha sido más que una comedia, de la cual te pido perdón; pero cuando supe la promesa que había he-

cho María, pensé que los hijos no podían, no debían ser víctimas de los disentimientos de sus padres.

COND. ¿Y ha recurrido usted á semejante medio, tan villano, tan cobarde?... ¿Se ha burlado usted de mí ante mis amigas... mis criados?

MONT. ¡Genoveva!...

COND. Y si como todo eso no fuera bastante, ha llegado usted á ridiculizarme en las cartas, que ha escrito en mi propia casa, á su amante.

MONT. ¿Mis cartas? ¿Pero ese señor don Zacarías es el Diablo Cojuelo? ¿Sin duda las ha robado?

COND. No las ha robado: don Zacarías se las ha comprado á la doncella de esa mujer. Tómelas usted. (Las tira sobre la mesa.) Y crea usted que no es la traición lo que le reprocho... una más... lo que le reprocho es no solo la comedia que ha representado, sino haber concedido su hija al hombre que no ha vacilado en hacerse cómplice de esta infamia.

MONT. ¡Eso es falso!... Te juro que...

COND. Le dispenso de sus juramentos... Sé muy bien el valor que tienen... Por creerlos me ha robado usted á mi hija... Pero aun no, todavía no ha salido de esta casa.

MONT. ¿Qué quieres decir?

COND. Que María sabrá dentro de un instante á qué *complot* debe llamarse señora de Castillo.

MONT. No harás eso.

COND. Lo haré.

MONT. Genoveva, por todos los santos, incluso por San Zacarías si quieres, por ese admirable *Reformatorio de jóvenes descarriadas*, carga sobre mí todas las culpas, es cierto, te he engañado, soy un infame, ¿pero qué culpa tiene María? Déjala marchar dichosa en brazos de su esposo.

COND. Nunca.

MONT. Piensa en lo que le quiere.

COND. También le quise yo á usted, y los pocos

meses de felicidad que tuve los he pagado luego con años de lágrimas. No; no quiero que mi hija sufra lo que yo he sufrido.

ESCENA IX

DICHOS, MARÍA y FERNANDO por la casa

COND. (Viendo salir á María.) Ven, María.

MARÍA ¿Tienes que hablarme, mamá?

COND. Sí, hija mía, y Dios te dé fuerzas para soportar la prueba que te espera.

MARÍA ¿La prueba que me espera?

COND. Hace un mes, el señor Castillo vino á suplicarme que perdonase á tu padre, asegurándome que había renunciado para siempre á la vida pasada; pues bien, todo era una farsa indigna, una comedia vergonzosa.

MARÍA ¿Es posible, papá? (Pausa. Monterrubio calla.) ¿Y al venir aquí, Fernando sabía la verdad?

MONT. No.

COND. Sí.

MONT. No, te lo juro...

MARÍA Y yo lo creo, mamá. (A Fernando.) Pero tú, ¿cómo no has sospechado que su arrepentimiento no era sincero?

FERN. María, yo supe la verdad después de haber obtenido el perdón de tu madre.

COND. Ya ves cómo era su cómplice.

FERN. ¡Señora!

COND. Y desde hace un mes usted se ha asociado á esa mentira... No ha tenido usted piedad de nuestra alegría, de nuestra credulidad.

FERN. El sueño de toda mi vida se había convertido en realidad. ¿Podía yo tener el valor de renunciar á él?

MONT. María: cualquiera que haya sido el medio que he empleado para que seas su mujer, cualquiera que sean mis faltas, tú te llamas hoy señora de Castillo, y tienes la obligación de seguir á tu marido.

COND. Si María sigue al señor Castillo, yo no volveré á verla en mi vida.

MARÍA ¡Mamá!...

COND. Pero conozco bastante el corazón de mi hija para estar segura de que no me abandonará.

FERN. Señora, considere...

COND. Adiós, señor. No le conozco á usted. (Mutis á la casa.)

MARÍA ¿Papá?... ¿Qué has hecho?

MONT. Buscar tu felicidad, hija mía, y nada más que tu felicidad... Vamos, perdóname... os dejo juntos... Estáis en el momento en que los enamorados se entienden mejor sin sus parientes. Yo voy á dar un paseo por la carretera y á esperar el regreso de don Zacarías. Supongo que vendrá á cenar y le voy á anticipar el *menú*... Hasta luego. (Vase por el foro.)

ESCENA X

MARÍA y FERNANDO

Pausa. Ninguno se atreve á hablarse

MARÍA No sé, no sé cómo resolver este conflicto.

FERN. Marchándonos á Italia como está decidido.

MARÍA ¿Dejar á mi madre en el estado en que se encuentra?.. ¿Por qué tú, que sabías la verdad?...

FERN. Mil veces he estado á punto de hablar.

MARÍA Debías haberlo hecho.

FERN. Hablar era perderte.

MARÍA Seguirte es perder á mi madre.

FERN. Pero considera que eres mi mujer y que yo no soy tan culpable que no merezca tu perdón.

MARÍA Sí, te quiero y te perdono, pero ella no tiene á nadie más que á mí en el mundo. Piensa en la pena que sufriría si yo la dejase sola después de lo que acaba de pasar.

FERN. ¿Y crees que yo no sufro?

MARÍA Tú sufres desde hace pocos momentos, ella desde hace muchos años. Además, yo estoy segura de que lograrás su perdón.

FERN. Nunca consentirá en escucharme.

MARÍA Si me quedo es también para interceder por ti. Mañana cuando esté más tranquila, la hablaré, le diré que tu cariño fué la causa de tu silencio, que si me separan de tí me muero.

FERN. María... (Va á abrazarla.)

MARÍA No, ahora separémonos: mañana te escribiré á Salamanca dándote cuenta del resultado de mis trabajos.

FERN. No, no te vayas aún.

MARÍA (Entrando.) Es preciso.

FERN. (Siguiéndola.) Escucha, María... un momento... (Mutis detrás.)

ESCENA XI

MONTERRUBIO, después ZACARÍAS é INOCENCIO, todos por el foro

MONT. Ahí llega: yo no he visto un cronómetro como el estómago de ese hombre; siempre está en punto con la cocina. (Se sienta.)

ZAC. Ya hemos telegrafiado á Roma: ahora acabemos nuestra obra. (Se dirige á la casa.)

MONT. ¡Caramba, don Zacarías! ¿Dónde va usted tan deprisa?

ZAC. Dispénsenos usted; la Condesa nos espera, es tarde y debe estar ya en la mesa.

MONT. No lo crea usted; aún no me han avisado á mí y soy el amo. Creo que están haciendo un postre de dulce de esos que le gustan á usted tanto.

ZAC. La señora Condesa es tan buena..., algún día le pagaré lo que hace por mí...

MONT. Y un jamón... que están partiendo para completar la cena. Como se ha presentado usted de improviso... (Alargándole un puro.) ¿Le gustan las águilas?

ZAC. Mil gracias, apenas fumo.

MONT. ¿Y el pollo? ¿Purea ya?

ZAC. El pollo, á Dios gracias, no conoce todavía ningún vicio.

MONT. ¡Vaya! ¡vaya! Pues sí... el día que le echen á

usted de aquí, que todo puede suceder, búsqueme usted en Madrid, que yo haré que le den plaza en la policía secreta; es usted el primer sabueso para engañar criadas.

INOC. Perdone usted; el que la engañó fué este humilde siervo.

MONT. ¡Olé, los hombres!

ZAC. Al obrar como lo he hecho he obedecido á los escrúpulos de mi conciencia.

MONT. ¡De su conciencia! Hombre esa frase me recuerda la de aquel inválido que padecía reúma en su pierna de madera.

ZAC. Señor mío, yo soy un hombre digno.

MONT. Usted es un hombre hábil, que con la capa de la religión se hace nutrir, porque así como todos los mortales tienen su alma en su almario, usted tiene su alma en su estómago: cuestión de emplazamiento.

ZAC. Repito á usted que...

MONT. No se disculpe, ¿para qué?... Usted me ha desenmascarado ante mi mujer... Este es un hecho que, en lo que afecta á mí, nada me me importa.

ZAC. ¿Entonces?...

MONT. Entonces queda pendiente lo que puede afectar á mi hija.

ZAC. María es muy joven... ¡Ya se consolará! y después que hayamos obtenido la anulación de su matrimonio en la curia de Roma...

MONT. (Levantándose) ¿La anulación?

ZAC. Será facilísimo. Se ha obtenido el consentimiento de la Condesa por fraude y...

INOC. *Non consumatum est matrimonium.*

MONT. Comprendo. ¿Es ese el plan de ustedes?

ZAC. Una vez pronunciada la anulación, su hija, libre de nuevo, podrá casarse con algún muchacho honrado.

MONT. Por ejemplo, su sobrino de usted.

INOC. Pst... ¿quién sabe? (Dándose tono.)

MONT. No se haga usted ilusiones; mi hija es de un paladar tan fino, que no le gustan los arenques ahumados.

INOC. ¿Arenque yo?

ZAC. ¿Ahumado éste? Vamos, vamos.

MONT. (Cortándoles el paso y colocándose delante de la puerta.) ¿Dónde van ustedes?

ZAC. A reunirnos con la Condesa.

MONT. Lo siento mucho, pero no va á poder ser.

ZAC. ¿Quiere usted impedirnos la entrada en la casa?

MONT. Por lo menos hoy, ese es mi propósito, aunque tenga que emplear la fuerza.

ZAC. ¿Se atreverá usted á levantar la mano sobre mí?

MONT. ¡Ya lo creo!

INOC. (Aparte.) ¡Tío, que la levanta!

MONT. Y á dejarla caer con la más viva alegría.

INOC. (Aparte.) Tío, que la deja caer.

ZAC. ¡Señor de Monterrubio!

MONT. No grite usted tanto, se lo aconsejo por su propio interés. Ya se ha hecho de noche, vuélvase usted á Salamanca.

INOC. ¿Sin haber cenado?

MONT. El ayuno de cuando en cuando, además de ser piadoso, es higiénico. Con que fuera de aquí...

ZAC. Es que...

MONT. Fuera he dicho, ó... (Amenazador.)

INOC. Vamos, tío.

ZAC. Está bien, me voy; pero me volverá usted á ver.

MONT. Si es colgado, tendré mucho gusto. (Mutis don Zacarías é Inocencio.)

ESCENA XII

MONTERRUBIO, FERNANDO: poco después VERÓNICA, seguida de DEOGRACIAS

MONT. ¡Ea! Ya está el enemigo fuera de la plaza! (Viendo salir á Fernando.) ¿Qué? ¿Hicisteis las paces?

FERN. ¿Las paces? María se ha encerrado en su cuarto llorando; se niega á seguirme. Este es el resultado de la comedia que me ha obligado usted á hacer. Por su culpa me veo separado de ella.

MONT. Basta de recriminaciones; cualquiera que te oyese creería que yo había cometido un crimen, como si al fingirme arrepentido hubiera tenido otro objeto que tu felicidad y la de mi hija. Todavía debías darme las gracias.

FERN. ¿Las gracias?

MONT. Las gracias, sí; por ti dejé Madrid hace un mes; por ti me pudro en esta casa solariega; por ti no he faltado á una sola misa, ni á un solo sermón. Por ti he ayunado todos los viernes; por ti he perdido un mes de amor y alegría, y perder un mes de amor y alegría á mi edad es mucho... no se vuelve á recuperar... Ahora, dime si no tengo derecho á tu agradecimiento.

VER. (Saliendo seguida de Deogracias.) Dispénseme usted, señor Conde.

MONT. (Muy cortés.) ¡Señora!

VER. La señora Condesa ha querido honrarme con una misión cerca de usted...

MONT. Genoveva no ha podido escoger mejor embajadora.

VER. Gracias... (Aparte.) La misma labia de mi Juan. (Alto.) ¡Oh! Ante todo deseo hacerle á usted una aclaración. El año pasado no dí ningún elector á mi esposo.

MONT. Usted perdone, pero á mí me dijeron que... No creí yo incurrir en un error de tanto bulto.

VER. Y ahora al asunto. La señora Condesa ha mandado los equipajes del señor Conde y del señor Castillo al Hotel de Salamanca. Acaso encontrarán sus efectos un poco desordenados porque los hemos metido tan deprisa en los baules...

MONT. ¡Es encantador!

VER. Además la señora Condesa ha dado orden de cerrar y porque no fuese un criado el que...

MONT. Comprendido... el que me echase... ¡Qué delicadeza!

VER. De modo que si no quiere pasar la noche al raso en el jardín... y como después de cenar se sueltan los perros...

MONT. No, y que si se han enterado de lo mío, estarán rabiosos.

VER. Deogracias: cierre usted. Muy buenas noches. (Hacen mutis, se oye cerrar la puerta,)

ESCENA ULTIMA

MONTERRUBIO y FERNANDO.

(El telón de foro se habrá iluminado con luces ténues como cuando se divisa desde lejos una ciudad; la luz de la luna ilumina la escena.)

FERN. ¡La expulsión sin más explicaciones!

MONT. La misma noche de tu boda. ¡Es una aventura divertida!

FERN. ¿Todavía tiene usted humor para bromear?

MONT. ¡Ah! La juventud de ahora... no sabe más que lamentarse.. Si el día de mi boda me hubiesen separado á mí de mi mujer, para recuperarla yo habría tomado por asalto la casa, amordazado á mi suegra, atado á Deogracias... ¿qué sé yo?... A tí en cambio te echan y te vas tan tranquilo en vez de luchar por lo que te pertenece. ¡Pobre España! ¡Cómo degeneramos!

FERN. ¿Luchar? ¿Y cómo quiere usted que luche hoy? Mañana María intercederá por mí con su madre...

MONT. Mañana será tarde. ¿Tú crees que te devolverá á tu mujer? ¡Desgraciado! La Condesa y su consejero no soltarán su presa. Mañana se llevarán á María, demasiado débil para resistir, á cualquier convento del extranjero.

FERM. ¿Al extranjero?

MONT. Sí; por eso no es mañana cuando tienes que reconquistar á tu mujer: es esta misma noche.

FERN. Pero si está la puerta cerrada. (El balcón de María se ilumina.)

MONT. Pero el balcón de Julieta acaba de iluminarse, mira.

FERN. ¿Y qué?

MONT. Haz lo que Romeo. ¿Crees que Romeo tuvo que ir á buscar un cerrajero?

FERN. ¿Trepar hasta el balcón?

MONT. Naturalmente... Y entrar...

FERN. ¡Oh!

MONT. Ahí está tu mujer que te idolatra; y tú tienes á tu favor, el cielo, las leyes y la autoridad... Eres el esposo...

FERN. Pero subir de ese modo.

MONT. A falta de una escala de seda que completaría el cuadro poético, tienes el enrejado... Vamos, decídete; está ahí, y quizá llorando por tí...

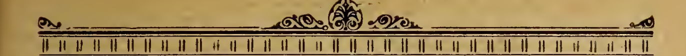
FERN. Sí; tiene usted razón: arriba.

MONT. Arriba, sí, arriba sin miedo. (Va subiendo Fernando) Que esta fortaleza está defendida por el niño amor y, como el pobrecito es ciego, puedes abusar.

FERN. (Llamando.) María, mujercita de mi alma. (Subiendo.)

MONT. ¡Así, sin miedo!..! ¡Quién dirá que unos listones pintados pueden ser escalones de la felicidad. Ahora á Salamanca, á cenar, y por mi parte ya pueden soltar los perros. (Mutis foro.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Un salón en casa de la Condesa. Mobiliario análogo en su aspecto antiguo al del segundo acto. Puerta al foro. Una puerta á cada costado. Mesa en el centro, sofá, sillones, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, en seguida FERNANDO

Al levantarse el telón la escena está vacía. Aparece María por la puerta de la derecha. Sale de puntillas, va al centro de la escena, se asegura de que no hay nadie y vuelve á la puerta de la derecha

MARÍA (En voz baja.) ¡Anda!... (Aparece Fernando.) Son las siete... La puerta del jardín ya debe estar abierta. Pasando por el emparrado podrás salir sin que te vea nadie.

FERN. (Con pasión.) ¡María!...

MARÍA ¡Chist!... Calla, imprudente.

FERN. Dime que me quieres.

MARÍA Sí, te quiero, bien lo sabes, pero márchate volando. Es preciso que yo vea á mamá, que la hable... Ya no es sólo tu perdón el que tengo que implorar... hay que añadir el mío.

FERN. ¿El tuyo?

MARÍA Naturalmente. He de pedirla que me perdone (Con rubor.) por haberte perdonado. Después de hablarla te mandaré un recado á la fonda.

FERN. ¿Y si se niega?
MARÍA No se negará.
FERN. Bueno, pero si se niega júrame que vendrás á reunirte conmigo en seguida.
MARÍA Sí. Te lo juro. (Sonriendo.) ¿No debe la mujer seguir á su marido?
FERN. Siendo así me voy, puesto que lo exiges.
MARÍA Anda despacito y sin... (Escuchando.) ¡Chist!... No te muevas...
FERN. ¿Qué ocurre?
MARÍA Parece que andan en la galería... sí... vienen hacia acá...
FERN. Volvamos á tu cuarto.
MARÍA No hay otro remedio. (Vanse ambos por la derecha.)

ESCENA II

DEOGRACIAS, ZACARÍAS, INOCENCIO por el foro

ZAC. ¿Se ha levantado ya la señora Condesa?
DEOG. Hace un buen rato. Está con doña Magdalena que ha venido para acompañarla á misa. Le espera á usted con la mayor impaciencia, porque anoche me dijo: «Deogracias, así que llegue don Zacarías hazle pasar al salón pequeño.
ZAC. Está bien... Vé á decirla que estoy aquí.
DEOG. Al momento, señor. (Vase por la izquierda.)

ESCENA III

DICHOS menos DEOGRACIAS

ZAC. (Sentándose junto á la mesa.) ¡Obligarme á mí, á una personalidad como la mía, á andar anoche cuatro kilómetros á pie, *pédibus andandum*, y sin haber cenado! Ese señor de Monterrubio es un verdadero facineroso... Un hereje repulsivo.
INOC. Dios le castigará allá arriba, tío.
ZAC. ¡Es claro que le castigará! Pero por si se le

olvida, y en todo caso, mientras que Dios le coge por su cuenta en el otro mundo, yo me encargo de él en este. ¿Quiere guerra, eh? Pues tendrá guerra. No tenemos miedo, ¿verdad?

INOC. No, tío.

ZAC. Así que el matrimonio se haya anulado, tú te casarás con María. ¿Entiendes? Te casarás con María.

INOC. Sí, tío.

ZAC. Sobre todo no olvides lo que te tengo dicho.

INOC. No, tío.

ZAC. Muéstrate amable, galante, servil... digo, servicial.

INOC. Sí, tío.

ZAC. No estés como un palomino...

INOC. No, tío.

ZAC. ¡Pero recaray! ¿Quieres dejar de una vez esa estúpida costumbre de contestar á cada frase: «sí, tío... no, tío?»

INOC. Sí, tío...

ZAC. (Incomodado.) ¡Calla, calla!... Eres negado... Atiende bien á esto. Dentro de un rato irás á recoger en el jardín un ramo de flores de las más bonitas que haya, rosas, claveles, campanillas, don Pedros, y se lo ofrecerás á María con una reverencia graciosa, una cosa así... fíjate; (Simula una reverencia.) y al mismo tiempo le dices: «María, acepte usted estas flores, y dichosas mil veces ellas que van á morir al calor de su pecho. ¡Ah, quién fuera rosa, quién fuera...! etc., etc...» Conque vamos á ver...

INOC. (Imitando á su tío.) María, acepte usted estas flores, y dichosas mil veces ellas que van á morir al calor de su pecho. ¡Ah, quién fuera rosa! ¡Quién fuera clavel! ¡Quién fuera campanilla! ¡Quién fuera don Pedro!...

ZAC. Muy bien; pero sube un poco la voz, ¿eh?

INOC. Descuide usted

ZAC. ¡Chist! ¡La señora Condesa!

ESCENA IV

DICHOS, la CONDESA, DOÑA MAGDALENA después DEOGRACIAS

COND. (*Por la izquierda.*) Felices, don Zacarías... ¿Qué fué de usted anoche, mi digno amigo?

MAG. Le estuvimos esperando inútilmente...

ZAC. Al regresar aquí, después de expedir el telegrama á su Eminencia, me encontré de manos á boca con el señor Monterrubio.

COND. ¡Ah!... ¿Le habló usted?

ZAC. Le hablé. Le dije cuatro frescas acerca de su comportamiento... quiso balbucear alguna excusa... pero le anonadé obligándole á inclinar la cabeza pecadora.

COND. ¿Y se marchó?

ZAC. No, señora. El que se marchó fuí yo.

COND. ¿Por qué?

ZAC. Porque no me dejó entrar.

MAG. ¿No decía usted que había inclinado la cabeza?

ZAC. Sí, señora, pero fué como los toros... para acometer. ¿Creerá usted que llegó á levantarme la mano?

COND. ¡Qué atrevimiento!

MAG. ¿A usted? ¡A un santo!

ZAC. ¡Ah!... ¡pero me oyó!... ¡me oyó!... Ahora que como no era cosa de andar á golpes con un hombre así, me pareció más digno retirarme en buen orden.

COND. Hizo usted bien. ¿Y no hay noticias suyas? ¿Se habrá marchado á Madrid?

ZAC. No, señora. Me he informado y continúa en Salamanca. Ha pasado la noche en una fonda. Según me han dicho llamó la atención por la alegría exhuberante que demostraba. Por supuesto, que con una cena como la que se tragó... Vea usted si esto es para entristecerse. (*Saca un papel y lee con acento de envidia y glotonería.*) «Tres docenas de ostras con una grande de *Sauterne*, Entremeses, Aceitunas, Anchoas, Pepinillos y Rabanitos, Tortilla á

las finas hierbas, Salmón, Salsa verde.» (Hablado.) ¡Una tontería!... (Leyendo.) «Pierna de carnero con champignon, Escalopes de ave, Croquetas, Helado de grosella, Bisté con ensalada. Quesos: Bola y Gruyere, Frutas, Vinos, Riscal 1890»... (Hablado) ¡El mejor año! (Leyendo.) «Y Môet Chandon, seco.» (Hablado.) Esto se ha *embaulado* anoche el señor de Monterrubio .. ¿Cómo lo habrá podido digerir?...

COND. ¿Y Fernando Castillo estaba con él?

ZAC. No. Don Fernando ha desaparecido como por escotillón. Yo supongo que habrá regresado á Madrid en el último tren... sin duda para consultar á un abogado.

COND. ¿A un abogado?

ZAC. ¡Caramba!.. comprenda usted, señora, que él tratará de defenderse... tiene á su favor la ley, ¿verdad, Inocencio?

INOC. Sí, tío. Artículo 58. «La mujer está obligada á seguir...»

ZAC. No sigas, no sigas... que te conozco.

COND. Nada importa que tenga la ley á su favor. María se ha negado á seguirle, y contando con ella no temo á la autoridad.

ZAC. Señora Condesa. En España los que no sean amigos del Gobierno deben temer siempre á la autoridad. Por lo tanto, lo más prudente es llevarse á María hoy mismo.

COND. ¿Llevársela? ¿A dónde?

ZAC. A Bélgica. Ingresará en un convento donde puede permanecer el tiempo necesario para pronunciar la anulación. Nosotros solos conoceremos su refugio. Una vez allí, el señor Monterrubio y el señor Castillo pueden recurrir á su gusto á todas las autoridades habidas y por haber.

MAG. ¡Qué idea más acertada! ¡Está en todo, como de costumbre!

COND. Sí, tiene usted razón.

ZAC. Precisamente la hermana del padre Estanislao, nuestro confesor, es Madre Superiora de un convento de Ursulinas en Namur.

COND. Pues voy á pedirle inmediatamente una car-

ta de presentación. (A Inocencio.) Hijo mío. Hágame el favor de decir que no desenganchen el coche que les ha traído á ustedes.

INOC. Bien, señora. (Aparte, saliendo por el foro.) Luego cogeré las flores.

COND. Así que tengamos la carta marcharemos en el primer tren.

ZAC. Sí, sí, no hay que descuidarse. ¿Y cómo ha soportado la pobre María esta prueba cruel?

COND. Se ha mostrado muy valerosa, muy digna. Se encerró en su cuarto y no ha vuelto á dar señales de vida.

MAG. Seguramente no habrá podido conciliar el sueño en toda la noche... con el disgusto... (Entra Deogracias llevando una bandeja en que hay un telegrama.)

DEOG. Un telegrama para la señora Condesa.

COND. ¿Un telegrama? (Lo toma. Deogracias vase.)

ZAC. La respuesta del Cardenal, probablemente.

COND. Sí. (Leyendo.) «Envíen expediente. Anulación será pronunciada si hay lugar, más breve plazo posible. Cuenten conmigo.—*Santorca.*»

ZAC. ¡Bravo! Por este lado todo va bien.

COND. ¡Ah, digno amigo! Gracias á usted salvaré á mi hija (Va á la puerta de la derecha y trata de abrir.) ¿No se habrá levantado?... la puerta continúa cerrada. (Llama.) María... María.

ESCENA V

DICHOS. MARÍA, que sale y cierra vivamente la puerta. Luego DEOGRACIAS

MARÍA Buenos días, mamá. (Se detiene azorada.)

COND. Buenos días, hijita. (La abraza.) ¿Cómo has pasado la noche?

MARÍA (Avergonzada.) Re... regular...

MAG. ¡Qué despertar para una casada! ¡Pobrecilla!

ZAC. Crea usted, hija mía, que tanto Inocencio como yo tomamos una gran parte en su disgusto

MARÍA Mil gracias, señor.

DEOG. (Entrando.) El coche está en la puerta.

COND. Allá voy.
(Vase Deogracias.)

MARÍA ¿Sales, mamá?

COND. Sí. Tengo que hacer en Salamanca, pero vuelvo en seguida.

MARÍA Es que yo quería hablarte...

COND. A mi regreso, monina, á mi regreso. (A Zacarías.) Y usted, digno amigo, dé á conocer á María la decisión que hemos tomado.

ZAC. Con mucho gusto.

MARÍA ¿La decisión? ¿Qué decisión?

COND. Don Zacarías te explicará... Hasta luego... Vamos, amiga mía. Vuelvo pronto. (Sale por el foro, seguida de Magdalena.)

ESCENA VI

DON ZACARÍAS y MARÍA

MARÍA Usted dirá, don Zacarías.

ZAC. Es muy sencillo. Su mamá de usted, querida señorita, ha decidido llevarla á usted hoy mismo á Bélgica.

MARÍA ¿A Bélgica?

ZAC. Al convento de Ursulinas de Namur.

MARÍA ¿Al convento de Ursulinas yo? ¿Y por qué?

ZAC. Su mamá ha pensado que debe usted retirarse á ese lugar mientras se tramita la anulación del matrimonio.

MARÍA ¿Pero qué está usted diciendo? ¿Qué anulación?

ZAC. Ah... ¿entonces es que usted ignora que la señora Condesa telegrafió ayer á su tío el Cardenal Santorca suplicándole que presente ante el Papa una demanda de anulación del matrimonio que usted por su desgracia ha contraído?

MARÍA ¡Ah!... ¿y su ida á Salamanca?...

ZAC. Tiene por objeto pedir al padre Estanislao una carta de presentación para las Ursulinas.

MARÍA (Agitada y dando un grito ahogado.) ¡Ay!... ¡Ay, mi querido don Zacarías!

ZAC. ¿Qué pasa?

MARÍA Que hay que impedir á toda costa que mi madre vaya á Salamanca y hable con el padre Estanislao

ZAC. ¿Por qué impedirlo?

MARÍA Porque va á hacer el más espantoso de los ridículos... ¡vamos!... ¡corra usted!...

ZAC. ¿Se niega usted á entrar en el convento? ¿Por qué razón?

MARÍA Por una razón que solo á mi madre puedo decir.

ZAC. Pero, caramba...

MARÍA (Llevándole al foro á empujones.) Vaya usted... ¡Corra! ¡Ande, hombre!

ZAC. Voy, voy. (Aparte.) ¿Qué será esto? (Vase.)

ESCENA VII

MARÍA, FERNANDO, después INOCENCIO y MONTERRUBIO

MARÍA ¡Dios quiera que la alcance!

FERN. (Entrando por la derecha.) ¿Qué te parece el complot?

MARÍA ¿Has oído?

FERN. Todo. ¿Estaba bien urdido, eh?

MARÍA ¡Y mamá que ha telegrafiado al Cardenal!

FERN. ¡Se ha lucido! ¡Ja, ja, ja!

MARÍA Vamos, Fernando... no te rías... que esto es muy serio... márchate... anda...

FERN. ¡Quiá!... ¡lo que es ahora!.. De don Zacarías hay que esperarlo todo, y yo no salgo de aquí sin llevarte á mi lado... ¡estaría bueno!... ¡robarme á mi mujercita de mi vida!.. (La rodea el talle.) A mi María idolatrada...

MARÍA (Con pasión.) ¡Fernando mío!..

(Aparece Inocencio por el foro con un ramo de flores en la mano.)

INOC. (Asombrado.) ¡Aprieta!... (Se para azorado.) ¡El marido!...

MARÍA (Viéndole.) ¡Inocencio!

FERN. (Yendo hacia él.) ¿Qué hay? ¿Qué quiere usted?

INOC. (Muy turbado.) Nada... que venía... á obsequiar... con flores... con flores á María...

FERN. Eso se canta, pollo... tiene su música.
INOC. Pero yo no podía esperar...
FERN. (Abrazando de nuevo á María.) Que estuviera abrazando á mi esposa, ¿verdad? Yo tampoco podía esperar... (La abraza de nuevo.)
INOC. ¡Jesús! (Bajando los ojos.) Este espectáculo es superior á mis fuerzas.
MONT. (Entrando por el foro sin ser visto, acercándose por detrás á Inocencio y dándole un golpecito en el hombro) ¿Qué opina de esto, joven?
INOC. (Volviéndose y mirando sorprendido al Conde.) Que es superior... Voy á contárselo á mi tío. (Vase rápidamente.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos INOCENCIO

MARÍA (Corriendo á abrazar á su padre.) ¡Papá!
MONT. He llegado á la hora de los abrazos, ¿eh?
MARÍA Ah, pero tú merecías que no te abrazase.
MONT. ¿Cómo que no? Reconozco que no seré un buen marido, pero como padre estoy quedando muy bien. (Deja el sombrero en una silla.)
MARÍA No, si en el fondo eres muy bueno, muy bueno.
MONT. Excesivamente bueno.
FERN. No hay más remedio que quererle á usted.
MONT. Es todo lo que pido. Pues yo he venido á enterarme... por cierto que Deogracias no me dejaba entrar... pero mediante un precioso billete de cinco duros... (Dando un ligero grito.) ¡Ay!
MARÍA ¿Qué te pasa?
MONT. Nada... una punzada... aquí... en el pie izquierdo... me da algunas veces... ya... ya se pasó... (Poniéndose entre María y Fernando y cogiendo á ambos del brazo.) Decía, hijos míos, que si he venido á veros antes de partir para Madrid, donde el amor me llama...
MARÍA (Con acento de reproche) ¡Papá!
MONT. Bueno. (Con gravedad.) Donde me solicitan intereses y negocios de la más alta importan-

cia... (Alegremente.) ha sido, primero, porque no quería marchar sin daros un cariñoso abrazo y mi bendición. (Abraza á ambos.) Y segundo, porque me gustaría decirle á mi mujer que si ella ganó la segunda partida yo he ganado *la buena.*

MARÍA Mamá no sabe nada aún, y tú no debes abusar...

FERN La Condesa ha ido á Salamanca.

ESCENA IX

DICHOS, DEOGRACIAS y el SEÑOR DE PEÑARANDA

DEOG. (Entrando con una tarjeta en una bandeja.) Con permiso.

FERN (Volviéndose.) ¿Qué hay?

DEOG. (Dando un grito de sorpresa al ver á Fernando.) ¿Pero cómo?... ¿Por dónde?... ¿Usted?...

MONT. (Impaciente.) Vamos... ¿qué quieres?

DEOG. Es un señor... que desea ver al señor Conde.

MONT. (Sorprendido.) ¿Un señor que pregunta por mí? (Toma la tarjeta.)

DEOG. Ha llegado de Madrid en automóvil.

MONT. (Mirando la tarjeta.) ¡El señor de Peñaranda! (A Deogracias.) Di á ese señor que aquí no puedo recibirle... que le ruego me espere en Salamanca, Hotel de..

PEÑ. (Entrando.) Perdone usted, Monterrubio, que entre de este modo y le moleste á hora tan intempestiva...

MONT. Es que... (Vase Deogracias.)

PEÑ. No hago más que entrar y salir. (Apercibiendo á Fernando y María.) Ah... señor Castillo.. señorita Mery... (Saluda.)

FERN. Perdone usted que rectifique. La señora de Castillo. (Indicando á María.)

PEÑ. Ah, sí... en efecto... he sabido... me dijeron... Dispense mi aturdimiento, señora...

MARÍA (Friamente.) Está usted dispensado.

PEÑ. Desde ayer no sé lo que me hago ni lo que me digo. Mi cabeza no rige... ¡Hay que ver... hay que ver lo que á mí me pasa!... (Viendo

que María hace ademán de retirarse.) No, no... puede usted quedarse... Lo que tengo que decir á su señor papá no es un secreto... Mañana, seguramente todos los periódicos republicanos lo publicarán, acaso en hoja extraordinaria, quizás con mi retrato, y el de ella y el de él.

MONT. En fin, acabe usted, ¿qué ha pasado? (Se sienta junto á la mesa. María y Fernando se sientan también al foro.)

PEÑ. Ay, amigo mío... estoy aplanado... laminado... mi mujer...

MONT. ¿Qué?

PEÑ. (Casi llorando.) ¡Mi mujer me engañaba!

MONT. (Levantándose vivamente) ¡Demonio!... pero... vamos... eso será aprensión de usted... ¿En qué se funda usted para suponer que Alfonsina?...

PEÑ. En que se ha escapado anoche con Felipe.

MONT. ¿Con Felipe?

PEÑ. Un joven que tomé de Secretario al otro día de marcharse usted, para que me ayudara en mis trabajos electorales.

MONT. (Sofocado) ¡Muy bonito!.. ¡Estamos frescos!... ¿De modo que era un joven?...

PEÑ. Rubio... con los bigotes á lo Kaisser.

MONT. ¡Miserable!

PEÑ. (Estrechándole la mano.) ¡Gracias, Monterrubio, usted es el primero que no se ríe de mi infortunio!... ¡Gracias!...

MONT. De nada... ¿Conque se ha escapado?

PEÑ. Llevándose las cincuenta mil pesetas que usted me había prestado para hacer triunfar mi candidatura.

MONT. ¡Eso más!... ¡Y ha sido con mi dinero!...

FERN. (Aparte, riendo.) ¡Muy bien empleado!

PEÑ. ¡Ah, pero esté usted tranquilo! Yo salgo garante.

MONT. (Paseándose nerviosamente.) Yo.. yo pago la fuga... yo pago el tren... la fonda... el cosmético para el bigote á lo Kaisser...

PEÑ. Precisamente hoy mismo tenía que entregar fondos al Comité Conservador. (Cayendo en una silla.) ¡Ah... estoy demolido... atontado!...

¡Malo era de todos modos, pero si al menos hubiera esperado á que pasaran las elecciones!... Porque además esto me va á perjudicar para la votación.

FERN. Verdaderamente. No es ningún reclamo.

MONT. (Sentándose junto á la mesa.) ¡Y ella!... ¡Traidora!

PEÑ. Lleva usted razón; traidora, infame.

MARÍA (Levantándose y dirigiéndose al señor de Peñaranda.) Vamos, tranquilícese usted... piense usted que ciertamente es cruel perder las ilusiones que nos son gratas, pero comprenda usted que esa mujer no era digna ni de su afecto, ni de su ternura.

MONT. Ni del préstamo.

PEÑ. La amistad que me ha demostrado usted, querido Monterrubio, en este momento tan penoso, me permite esperar que no me abandonará, electoralmente hablando. Présteme usted otras cincuenta mil pesetas.

MONT. (Levantándose.) ¿Más dinero?... ¿Está usted loco?

PEÑ. ¿Ah, se niega usted?

MONT. Lo siento mucho, amigo mío, pero...

PEÑ. ¿Se niega usted cuando se trata de conseguir que el partido conservador haga un violento esfuerzo y se agrupe en torno de un jefe?...

MONT. Que me dispense el partido... pero no puedo...

PEÑ. (Despechado.) Está bien. No insisto, señor Conde, no insisto más. Si la ola democrática avanza y nos arrolla, de usted, y sólo de usted será la responsabilidad ante la Historia.

MONT. Sí, para historias estoy yo.

PEÑ. (Saludando á María y á Fernando.) Señora... señor... (Desde el dintel de la puerta, á Monterrubio.) ¡Ante la Historia! (Vase furioso.)

ESCENA X

DICHOS menos PEÑARANDA

MONT. (Viendo salir á Peñaranda y dirigiéndose á Fernando y á María.) ¡Y pensar que yo soy todavía más ridiculo que él!...

FERN. Cierto. Porque á él siquiera no le cuesta nada.

MONT. ¡Yo que soñaba con una entrada triunfal! ¡Y ahora, todo Madrid se reirá á mi costa! Desde aquí estoy viendo las sonrisas... oigo los cuchicheos... cuando yo aparezca en el casino... en los teatros... en el paseo... «Es él... el rey de los Tarambanas... el hombre de los diez mil duros... ¿Cómo? ¿no lo sabía usted?... Pues sí... la señora de Peñaranda... ¡el del bigote á lo Kaisser! (Sentándose junto á la mesa.) ¡Ah, no.. no! ¡Ridículo yo!... ¡Engañado yo como ese majadero que acaba de salir!

MARÍA Vamos, papá...

MONT. ¡Y á mi edad!...

MARÍA (Dulcemente,) ¿A tu edad? ¡Si estás hecho un pollito!

FERN. ¡Claro!... ¡Total... cincuenta y cinco años!...

MONT. (Vivamente.) ¿Cincuenta y cinco?... ¡Falso! ¡es falso!

MARÍA ¡Y bien cumplidos!

MONT. ¿Queréis callar?... No he oído nada... estoy distraído...

MARIA Lee tu partida de bautismo.

MONT. Esas lecturas son muy aburridas.

FERN. Lo malo es que va usted echando algo de vientre.

MONT. ¿Cómo vientre?... Si es la ropa... la ropa de invierno... que abulta...

FERN. ¿La ropa de invierno en el mes de Agosto?

MONT. ¿Agosto?... Ah, sí... bueno... esto con el masaje.. visto y no visto.

MARÍA Sí... eso sí... pero el pelo... que empieza á blanquear...

MONT. (Protestando.) Será del jabón... y yo nunca he notado...

FERN. Es que las canas son como las infidelidades de las mujeres. El interesado es el último que se apercibe.

MONT. (Triste.) ¡Es verdad!

MARÍA Y aquí... junto á los ojos, se dibuja...

MONT. (Con espanto y tocando el sitio indicado.) ¿La pata de gallo?

MARÍA No... todavía no es más que la pata de gorrión.

FERN. Pero el gallo se aproxima.

MONT. Bueno.. ¡por Dios y por la Virgen!... ¡no os cebeis en mí!... ¡no disparéis más flechas envenenadas!... ¿Esto quiere decir que estoy gastado, agotado, apolillado y que ya no puedo aspirar á que me quieran por mi mismo.

MARÍA No digo yo tanto.

FERN. Con una fortuna como la de usted, siempre le quieren á uno por sí mismo.

MONT. ¡Muchas gracias!

MARÍA Pero, eso sí. Tú has llegado á la edad en que es un sueño pretender competir con un bigote rubio á lo kaisser. (Vivamente.) No te incomodarás porque te diga esto, ¿eh?

MONT. (Irónico.) ¡Al contrario! Eso me produce una alegría desenfrenada. ¿Conque yo he llegado á la edad?...

MARÍA En que el cerebro debe ocultar lo que piensa al corazón.

MONT. Caramba, hombre... ya que estáis lanzados, ¿por qué no me enterráis de una vez?... (Levantándose.) ¡Pero quiá!... Yo estoy lleno de vida... fuerte como un... (Dando un grito.) ¡Ay!

MARÍA ¿Te has torcido un pie?

MONT. No... es el dolor este.. que... momentos... desde hace unos días, parecen alfilerazos...

FERN. Ah... bueno... no es nada... la gota.

MARÍA (Acercando un sillón y haciendo sentar á Monterrubio.) ¿Cómo que no es nada? ¡Pobre papá!...

MONT. ¿La gota? ¿Estás seguro?

FERN. Ya lo creo. Mi tío padece mucho de ella.

MONT. ¿Tú tío? ¿Ese que todos los años se queda clavado en un sofá durante cuatro meses?

FERN. Durante seis. Y eso los años buenos.

MONT. ¡Seis meses!

FERN. Bah... dos trimestres se pasan en seguida.

MONT. Sí... en medio año .. pero cuando se sufre...

MARÍA Tus amigos irán á verte á diario... los primeros días...

FERN. Eso... porque claro está que á la larga... resulta muy pesado...

MONT. Pero, vosotros dos... vamos... digo si me sucediera una cosa así... vosotros... vendríais...

MARÍA Nosotros... como nos vamos á Italia...

FERN. Y como á mí me darán la plaza de cónsul en Buda-Pesth...

MONT. ¿Entonces me quedaré... me quedaría solo durante seis meses?...

FERN. No, porque llamará usted á una enfermera...

MARÍA Y entre ella y los criados... Claro está que no se puede exigir de gentes subalternas los cuidados y el afecto de una esposa.

MONT Es evidente. ¡Engañado, gotoso y abandonado!

FERN. Ha sonado la hora de volver al redil.

MONT. ¡Pero si no tengo! Soy un carnero viejo sin redil. Estoy condenado á sufrir solo.

MARÍA ¡Qué lástima! Si mamá pudiera estar á tu lado ¡cómo te cuidaría!

MONT. ¿Cuidarme? ¿Y en Madrid?... ¡Ella que me ha arrojado de aquí sin miramiento!...

FERN. (Escuchando.) Un coche... Es la Condesa que vuelve.

MONT. ¿Ella? (Levantándose.) Voy á decirla...

MARÍA No. Déjame á mí. Entra en la biblioteca con Fernando.

FERN. (Que ha tomado el sombrero de Monterrubio.) Apóyese usted en mí.

MONT. Gracias, ya estoy mejor.

FERN. (Vivamente.) Pero esto repite... se lo advierto.

MONT. Genoveva no consentirá nunca en venir á cuidarme.

FERN. ¿Quién sabe? Las mujeres valen más que nosotros.

MONT. Sí, pero no todas. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA XI

MARIA y la CONDESA

MARÍA Si no venzo hoy no venzo nunca.
COND. (*Entrando por el foro.*) Ya me tienes aquí.
MARÍA ¿Viste al padre Estanislao?
COND. No, porque en la carretera apercibí á don Zacarías haciéndome señas desesperadas, y claro, hice parar el coche. Veamos.. ¿por qué no quieres que hable con el Padre?
MARÍA (*Muy turbada.*) Porque...
COND. Habla... (*Viendo la actitud de María.*) ¿Qué tienes?
MARÍA (*Cada vez más azorada.*) Yo no voy á las Ursulinas.
COND. ¿Te rebelas?
MARÍA (*Con los ojos bajos.*) No puedo ir á las Ursulinas.
COND. ¿Y por qué?
MARÍA Pues...
COND. Vamos... habla.
MARÍA (*Arrojándose en sus brazos.*) Perdón, mamá.
COND. Acabarás.
MARÍA Fernando no tiene la culpa.
COND. ¿Cómo?
MARÍA Al venir aquí ignoraba la verdad.
COND. Calla, calla. Era cómplice de tu padre. Estoy segura. Pero mira... haz el favor de no hablarme más de Fernando. Anoche se fué á Madrid y tú no le volverás á ver.
MARÍA Eso no... porque...
COND. (*Súbitamente.*) ¿Es que le has visto?
MARÍA Sí.
COND. ¿Se ha atrevido á presentarse aquí durante mi ausencia?
MARÍA No, no ha sido durante tu ausencia.
COND. ¿Entonces cuándo le has hablado?
MARÍA (*En voz baja.*) Esta noche.
COND. ¿Esta noche? ¿Es decir, que Deogracias ha dejado entrar á ese hombre á pesar de mi prohibición?

MARÍA Deogracias te ha obedecido. La puerta de la casa no se ha abierto en toda la noche.

COND. ¿La puerta no se ha abierto? ¿A ver, á ver?... ¡no te comprendo!... ¿Dónde has visto á Fernando?

MARÍA En... mi... habitación.

COND. (Sofocada.) ¿En tu habitación?...

MARÍA Oyeme, mamá. Anoche delante de ti, ya lo viste, me mostré fuerte, valerosa... pero cuando me ví sola no pude contener las lágrimas... ¿Cuánto tiempo lloré? Lo ignoro. De repente sentí golpear en el balcón. Primero tuve miedo... pensé llamar... después.., reconocí su voz... su voz que dijo: «Abre, María; mujercita mía, abre por caridad.» A pesar de tal súplica me negué á hacerlo... Pero le veía á través de los vidrios encaramado en la celosía de madera que reviste el muro... oía crujir y chascar la madera... esa celosía no tiene nada de sólida... ¡es tan vieja la celosía! si hubiera cedido... Fernando se habría estrellado... y claro... pues... para que no cediera la celosía cedí yo... abrí... entró...

COND. (Comprendiendo.) Basta. (Cayendo sobre una silla anonadada.) ¡Dios mío!...

MARÍA Perdóname...

COND. Vete... vete con tu esposo. No tengo hija... no tengo marido... yo estoy sola... ¡sola!

MARÍA Si estás sola es porque así lo quieres. ¿Por qué no habías de vivir en Madrid... aunque no fuera más que durante los inviernos?

COND. ¿Yo á Madrid?

MARÍA Vivirías cerca de tus hijos... y de papá.

COND. ¿Cómo te atreves á hablarme de tu padre?

MARÍA ¿Quién sabe si no está ya arrepentido del mal que te ha hecho?

COND. No insistas. Vé... sigue tu destino. La triste existencia que yo he arrastrado es la misma que te espera. Cuando hayas sufrido bastante, vendrás como yo á refugiarte aquí.

MARÍA Aunque así fuese, yo no abandonaré nunca á mi marido. No tengo el derecho de hacerlo.

COND. ¿No tienes el derecho?

MARÍA No.

COND. ¿Entonces me reprochas haber dejado á tu padre?

MARÍA (Poniéndose de rodillas ante la Condesa.) No, querida madre. No te reprocho nada. Digo únicamente que al dejar á papá solo, al perderle así... sin lucha... has contraído también ante tu conciencia una parte de responsabilidad.

COND. ¿Yo?

MARÍA (Rodeándola con sus brazos y muy tiernamente.) ¡Por Dios, mamá!... entiéndeme bien... no es un reproche... Te hablo con el corazón... Hay seres débiles á quienes no se debe abandonar. Ellos solos llegan poco á poco inconscientemente á no distinguir lo que es bueno y lo que es malo. Por eso los que distinguimos esas cosas tenemos la obligación de velar sobre los otros, como si fueran niños.

COND. ¡Cómo, si fueran niños, sí!

MARÍA Y luego... la felicidad depende á veces de cosas tan pequeñas... Por ejemplo, la vuestra, de qué dependería? De algunas concesiones por tu parte... (Ante un gesto de la Condesa.) Papá adoraba la vida, la vida fácil y alegre... la adoraba en exceso, es verdad... Tú caíste en el exceso contrario. El cielo no prohibe sonreir alguna vez... ¿verdad que tengo razón?

COND. Puede ser... Pero, ya es tarde.

MARÍA No. ¡Qué ha de ser tarde! Y puesto que tú reconoces que no has cumplido todo tu deber, cúmplelo hoy sin vacilar como buena cristiana que eres.

COND. ¿Qué quieres decir?

MARÍA He visto á papá... le he hablado... está ahí... (Indicando la lateral.)

COND. ¿Ahí?

MARÍA Sólo de ti depende acompañarle á Madrid y salvarle definitivamente... Además, si te decides viviremos juntos.

COND. (Con alegría.) Contigo sí, hija mía, pero con él...

MARÍA ¿Por qué no? si vieras... el pobre está enfer-

mo... más de lo que él se supone... y ya á su edad, abandonado, á merced de gentes extrañas.. ¡Mamá, cede!

COND. ¡Enfermo! ¿No será una nueva mentira?

MARÍA No, mamá, te lo juro, vas á verlo. Sal, papá, mamá te perdona, se va contigo á Madrid.

ESCENA ULTIMA

DICHAS, MONTERRUBIO, FERNANDO, después, por el foro, VERÓNICA; más tarde ZACARÍAS é INOCENCIO

MONT. (Saliendo.) ¿Es cierto? ¿A pesar de lo malo que soy consientes en acompañarme á Madrid? ¡Ah! Genoveva, ¿qué corazón es el tuyo?

COND. El corazón de nuestra hija. En adelante habitaremos con ella en Madrid.

VER (Que ha entrado un momento antes, vestida á la última moda, algo exagerada.) ¿Qué oigo, á Madrid?

COND. Sí, amiga mía.

VER. ¡Qué sorpresa más grata! Precisamente yo venía á despedirme de ustedes porque marcho á Madrid.

MARÍA ¿Usted?

VER. Sí, hija mía; el Señor ha escuchado mis plegarias, y mi Juan...

MONT. ¿Qué? ¿Se ha hecho monje?

VER. No, señor; se ha pasado á los demócratas y le han dado una Dirección general con automóvil, y se ha empeñado en llevarme y me lleva.

MONT. Sí, pero la lleva á usted en automóvil.

MARÍA (Alegre.) Magnífico; pues entonces, si os parece vamos á preparar nuestra marcha á Madrid.

ZAC. (Entrando seguido de Inocencio.) ¿A Madrid? ¿Qué, se van ustedes á Madrid?

COND. Sí, amigo mío; el deber me llama á su lado.

MONT. Pero cuando usted quiera comer con nosotros, el marido de la señora le proporcionará un billete á mitad de precio.

VER. ¡Oh! indudablemente. ¡Un Director general!

ZAC. (A Inocencio.) Derrotados definitivamente.

INOC. ¡Qué lástima! Ahora que me iba poniendo derecho.

MARÍA Querido don Zacarías...

ZAC. (Irónico.) ¡Señora de Castillo!

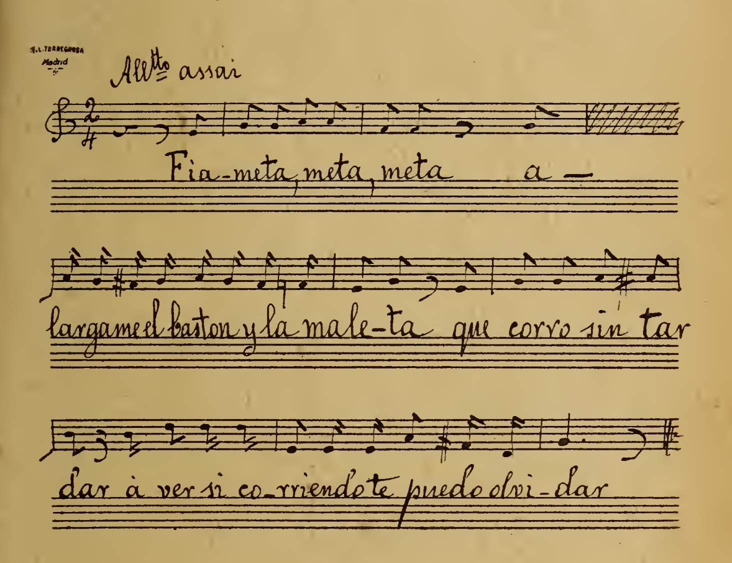
MARÍA Tenga usted la bondad de telegrafiar, por encargo de mi madre, al señor Cardenal para que considere nulo ó no recibido el despacho de ayer.

ZAC. (Con humildad.) ¿Debo pedirle de paso su bendición?

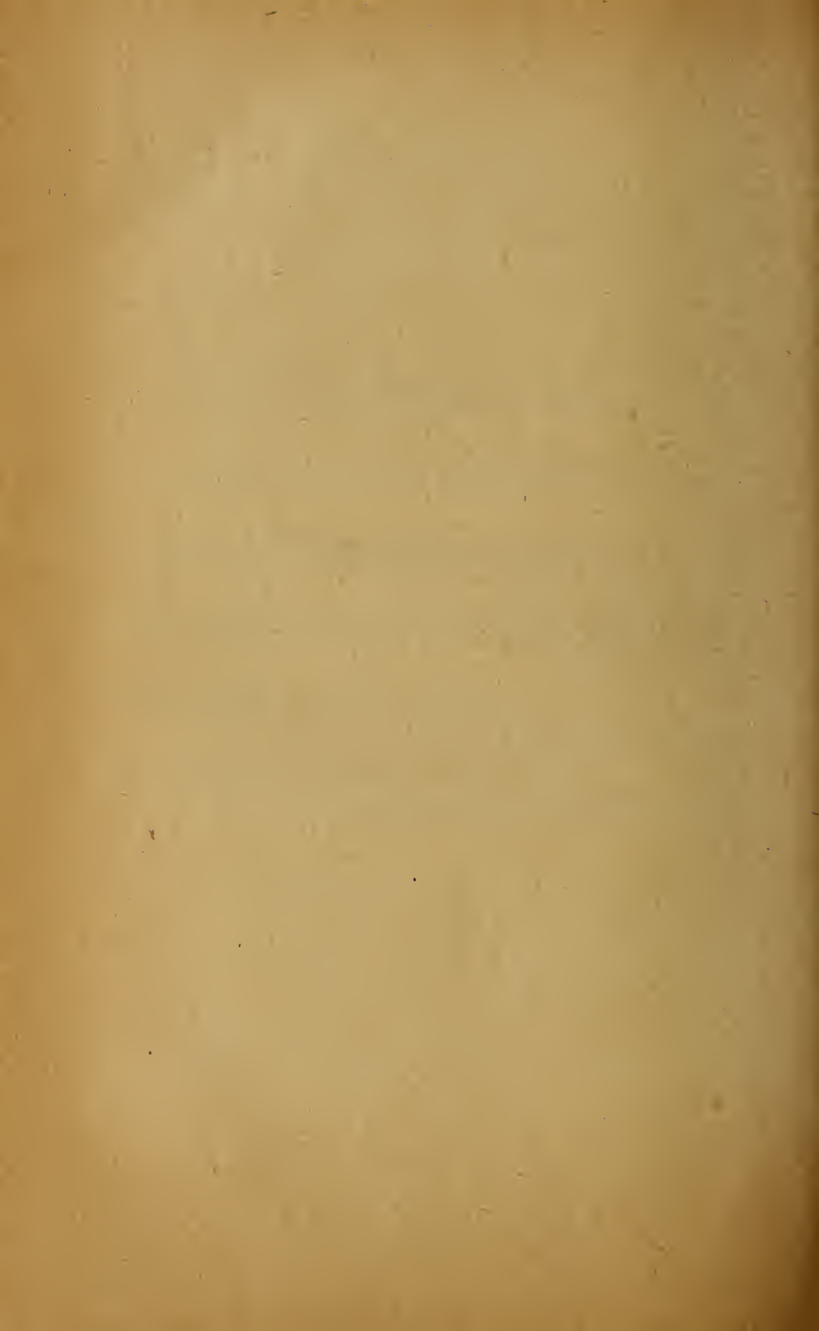
MARÍA (Mostrando el grupo de Monterrubio y la Condesa, y acercándose á Fernando.) Sí, pero una es poco... ¡que envíe dos!

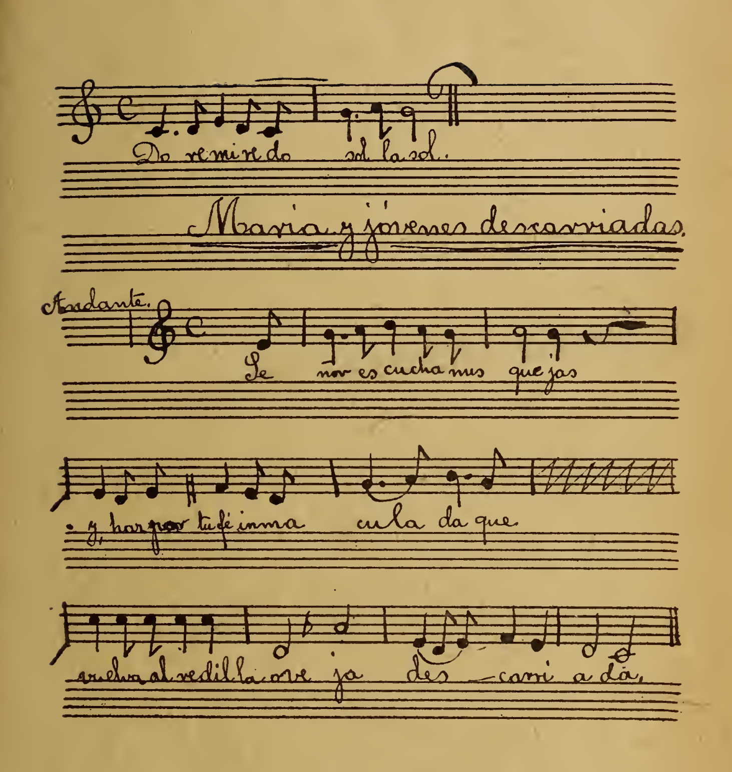
(Telón.)

FIN DE LA COMEDIA



Allº assai
Fia-meta, meta, meta a-
largame el baston y la male-ta que corro sin tar
dar à ver si co-rriendote puedo olvi-dar




Do re mi re do sol la sol.
María y jóvenes descarriadas.
Andante.
Se nos escucha mis quejas
y haz por tu fé inma cula da que
vuelva al redil la ove ja des carri a da.



OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem id.
El niño de Jerez, ídem id.
El gran Visir, ídem id.
La casa de las comadres, ídem id.
Los diablos rojos, ídem id.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem id.
La marcha de Cádiz, ídem id.
El padre Benito, ídem id.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem id.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas*.
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem id.
La luna de miel, ídem id.
Las venecianas, ídem id.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem id.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem id.
La virgen de la Luz, ídem id.
El pelotón de los torpes, ídem id.
El pícaro mundo, ídem id.
El trébol, ídem id.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem id.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem id.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.

La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem íd.
El rey del valor, ídem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem íd.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos y en prosa.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos y en prosa.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)
Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)
La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.
Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)
El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)
Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)
Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)
El Himeneo.—Monólogo en prosa.
Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)
Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)
El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)
El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)
Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)
La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (3) y (9)
Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)
La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)
La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)
El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)
Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición) (10)
La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)
Mayo florido.—Sainete lírico en un acto. (9)
El gran tacaño.—Comedia en tres actos y en prosa. (9)

Los hombres alegres.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (9)

Los perros de presa.—Viaje en cuatro actos, divididos en diez cuadros. (9)

El Paraíso.—Juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (9)

¡Mea culpa!, disgusto lírico, original y en prosa. (9)

Genio y figura.—Comedia en tres actos y en prosa, original. (1), (5) y (9)

La partida de la porra.—Sainete lírico en un acto, original y en prosa. (9)

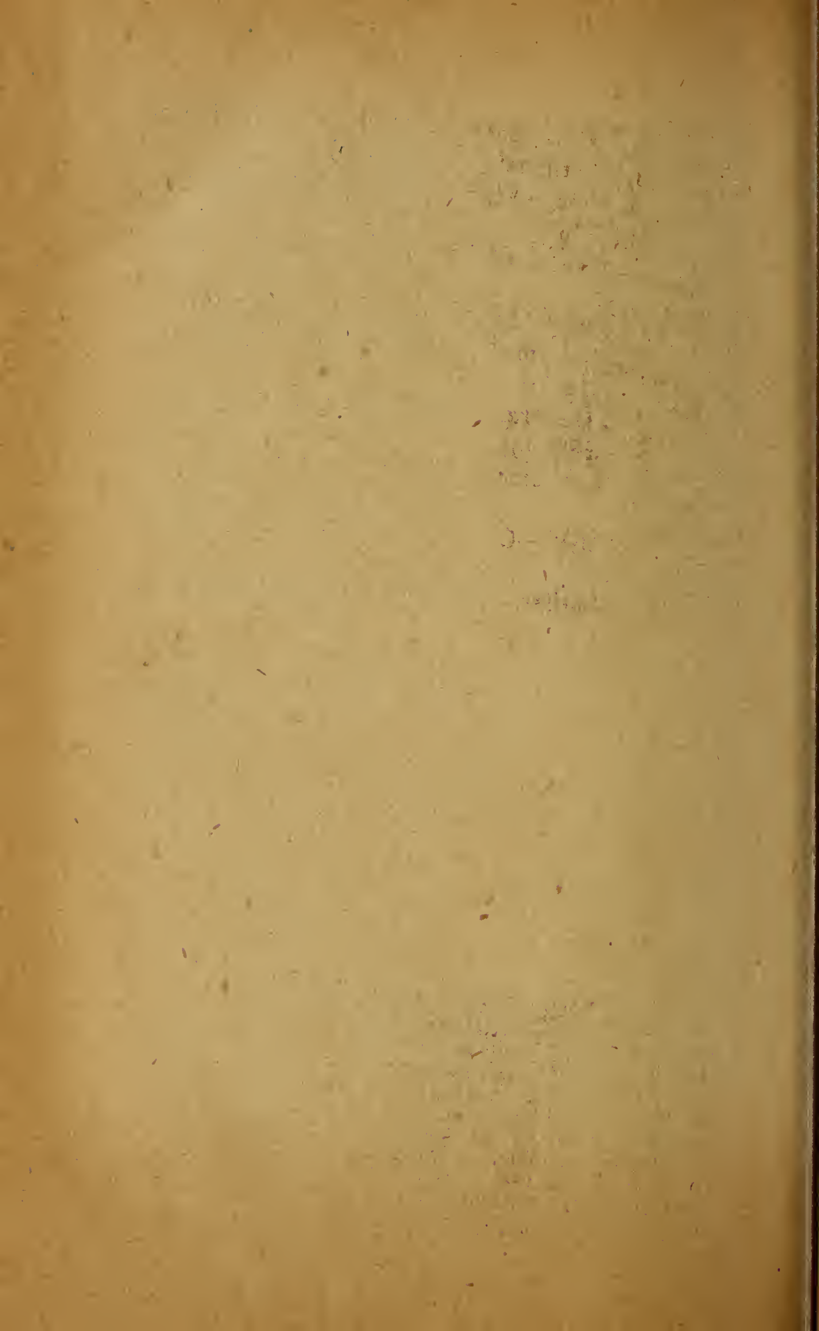
La mar salada.—Comedia en dos actos y en prosa, original. (9)

La alegría de vivir.—Comedia en cuatro actos y en prosa. (9)

Los viajes de Gulliver.—Zarzuela cómica en tres actos. (9)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.









Precio: DOS pesetas